

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

MISION AGRADABLE
(MUNUS SUAVISSIMUM)

Paray-le-Monial - 2 de julio, 1988

PRESENTACION

Las lecturas de este opúsculo corresponden a las referencias que el Padre Kolvenbach hizo, en su conferencia de Paray-le-Monial el 2 de julio de 1988, sobre las vidas, escritos y experiencias de oración de algunos jesuitas, sobre los documentos de varias Congregaciones Generales, del Vaticano II, las declaraciones de algunos Papas y otras personas y sobre las situaciones que tienen relación con el tema. La facilidad de tener estos documentos reunidos será un servicio y un enriquecimiento para la lectura y reflexión de la homilía y de la conferencia que el P. Kolvenbach tuvo en aquella ocasión.

La homilía y la conferencia fueron dirigidas a un número aproximado de trescientos jesuitas, de doce países diferentes, reunidos para celebrar el tercer centenario de la aparición en la cual Santa Margarita María presenció la invitación de Nuestra Señora a San Claudio La Colombière y a sus compañeros jesuitas a hacer de la devoción al Corazón de su Hijo un fructífero instrumento pastoral.

La estructura que el P. Kolvenbach dio a su conferencia sugiere cinco consideraciones con carácter de oración sobre algunos momentos de la historia de la Compañía de Jesús. Esta estructura convierte a la conferencia, a la homilía y a los textos aludidos en un buen material para un retiro.

Esto es lo que ha motivado el esquema de la página siguiente que da una posibilidad de integrar la homilía y las diversas partes de la conferencia en los Ejercicios Espirituales.

Apostolado de la Oración

INTEGRACION DE LOS EJERCICIOS CON PARAY

| EJERCICIOS | CONFERENCIA Y HOMILIA |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| PRIMERA SEMANA (53) Coloquio con Cristo en la Cruz | Homilía: Contemplación del costado abierto de Cristo. Pág. 5 |
| SEGUNDA SEMANA (101) La Encarnación (263) La Visitación (136) Dos Banderas | 1ª Contemplación: Nuestra Señora y La Co- lombière. Pág. 10 2ª Contemplación: Respuesta de La Colombière y de los primeros promotores. Pág. 14 |
| (164) Tres grados de hu- mildad | 3ª Contemplación: Reluctancia de la Compañía y desaliento de los primeros promotores. Pág. 21 |
| TERCERA SEMANA (208) Prendimiento y con- dena de Cristo | 4ª Contemplación: Supresión de los Jesuitas. Pág. 30 |
| CUARTA SEMANA (305) Aparición a Tomás (307) Misión a los Após- toles (230) Contemplación para alcanzar amor. | 5ª Contemplación: Empeño de la Congregación General 23ª para con el Munus Suavissimum. Pág. 33 Coloquio final con Claudio, Nuestro Señor y Nuestra Señora. Pág. 36 |

INDICE

| | Página |
|-------------------------------------------------------------------------------------|--------|
| Presentación | 2 |
| Integración de los Ejercicios con Paray | 3 |
| Homilía del P. Kolvenbach, 2 de julio 1988. | 5 |
| Conferencia del P. Kolvenbach, 2 de julio 1988 | 10 |
| Carta de Santa Margarita María Alacoque, NOTA A | 39 |
| Decretos de las CC.GG. de la Compañía, NOTA B | 41 |
| Conferencia del P. Arrupe, 6 febrero 1981, NOTA C | 47 |
| Cartas de Juan Pablo II y del P. Kolvenbach, 5 de octubre 1986, NOTA D | 52 |
| Carta del P. Dezza, 26 de febrero 1982, NOTA E | 56 |
| Notas de retiro, Bto. Claudio La Colombière, NOTA F | 60 |
| Experiencias de oración de los primeros Jesuitas, NOTA G. | 65 |
| Primeros promotores Jesuitas, NOTA H | 76 |
| Discurso de Juan Pablo II, 1 de junio 1980, NOTA I | 80 |
| De la HAURIETIS AQUAS de Pío XII, NOTA J | 83 |
| Escritos de Hugo y Karl Rahner, NOTA K | 87 |
| Cartas del P. Lorenzo Ricci, (1767-1773), NOTA L | 99 |
| Estatutos del Apostolado de la Oración, 1968, NOTA M | 105 |

HOMILIA

*Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Paray-le-Monial, 2 de julio, 1988*

Como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne - los judíos rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como le hallaron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. Lo atestigua el que lo vio y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: “No se le quebrará hueso alguno” y también otra Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”.

*Jn 19,31-37, Misa para la Solemnidad
del Sagrado Corazón, Año B*

Hace tres siglos, en este mismo lugar de Paray-le-Monial, el Señor quiso confiar a las religiosas de la Visitación y a los Jesuitas "la dulcísima tarea" de dar a conocer a todos los hombres el amor herido de su Corazón. El recuerdo de este acontecimiento nos invita a dar gracias al Señor y a profundizar en el sentido de este misterio; y, para dar un nuevo vigor a nuestra misión, guiados en esto por santa Margarita María y por el beato Claudio, meditemos sobre el episodio que nos propone el evangelio de esta celebración eucarística.

El acontecimiento que proclama Juan como final solemne de toda la Pasión del Señor está enormemente marcado, desde cualquier nivel que se examine, por la fiesta de Pascua. Para quien se contente con una mirada superficial, la gran preocupación es la observancia de la ley que no tolera que los cuerpos permanezcan en la cruz durante el gran sabbat. Los soldados romanos se encargarán de este formalismo. Y así, cuando uno de ellos hiere al Señor en el corazón para verificar si está verdaderamente muerto, no hace más que llevar a cabo un gesto habitual y constatar simplemente una muerte. ¿No encontramos aquí la imagen que resume todo el proceso de Jesús?

Para el Señor es la expresión misma del amor loco de Dios a los hombres, mientras que para los hombres no se trata más que de una ley que hay que observar en la indiferencia rutinaria de un procedimiento. "Tenemos una ley, y según esta ley debe morir". La autoridad, representada por la persona del procurador romano, puede lavarse ya las manos para significar que no es en absoluto responsable de toda esta sangre inocente. Pero es precisamente en el momento en que los hombres van a dar pruebas de la dureza de su corazón, cuando Dios hace irrupción en la historia para revelar el Corazón de su Hijo, cuyo amor da a la Pasión su verdadero significado.

"Uno de los soldados, con su lanza, le atravesó el costado y enseguida salió sangre y agua". Para este soldado no es más que un incidente inesperado, quizá molesto, pero que no le revela nada que vaya más allá de este costado atravesado y que le deja completamente frío e indiferente. Y, sin embargo, este golpe de lanza ha desencadenado el cumplimiento de las promesas de la antigua alianza; estos huesos que no han sido rotos proclaman que el Crucificado es el verdadero cordero pascual; la herida del costado abre hacia la invisible herida del amor de Dios; el agua y la sangre son estos ríos de agua viva, anunciados por la Escritura, que brotan de la verdadera roca en el desierto que es Cristo. Los espectadores no han visto nada, no mucho más que nosotros cuando todavía dudamos en mirar a "aquel que han atravesado" o cuando preferimos a esta mirada las ocupaciones múltiples que nos llevan a preparar, según nuestro gusto, una fiesta pascual que no se vive ya según el corazón de Dios. A causa de estos rechazos y de estas indiferencias, interviene Dios, en muchas ocasiones y bajo diferentes formas, para atraer nuestra mirada sobre el Crucificado con el costado atravesado, para que descubramos el corazón herido de su Hijo bien amado contra quien el odio del hombre de corazón de piedra ha ido hasta el fin de sus posibilidades y en quien el amor de Dios nos "ha amado hasta el fin".

Es así como Dios irrumpe en la vida de Santa Margarita María y del beato Claudio, los primeros de la multitud de los que han asumido hasta hoy esta dulcísima tarea de anunciar toda la riqueza revelada por el costado abierto del Crucificado - toda la amplitud, toda la profundidad y toda la altura de Dios que es Amor, todo el misterio del Corazón de Jesús. Las palabras que intentan expresarlo cambiarán, las perspectivas teológicas que intentan explicarlo se desplazarán, y las imágenes, que no alcanzarán jamás a dar a este misterio una forma artística, habrá que inventarlas siempre de nuevo; pero estará siempre entre nosotros, ofrecido a nuestras miradas, "Aquel que atravesaron" y la dulcísima tarea de dar testimonio de ello, como hizo el discípulo al

que Jesús amaba.

Porque lo que los soldados no vieron, Juan lo vio y da testimonio de ello - un testimonio auténtico - "para que vosotros también creáis". Viendo lo que sucede ante sus ojos en el Calvario en esta hora en la que se prepara la celebración de la gran Pascua, Juan se conmovió hasta lo más profundo de su corazón. Viendo morir al Señor, le pareció perder toda esperanza de ver a la Vida vencer para siempre a la muerte. En la primera Pascua el Señor había luchado "con mano fuerte y brazo vigoroso" para que el pueblo elegido fuera liberado de la esclavitud. Por su fe en Jesús, el Cordero de Dios, Juan iba a poder celebrar la gran Pascua que destruiría para siempre el poder del príncipe de este mundo. Ya que, al brotar del corazón del Señor herido por la lanza el agua y la sangre, Juan ve y cree: Pascua significa entonces que, por su muerte el Señor de la vida ha vencido a la muerte. En la muerte de la cruz resplandece la gloria de Dios. Desde este momento, este Jesús que debemos contemplar es ciertamente un crucificado, cuyo cuerpo está marcado por las heridas, pero porque, según el rito pascual, sus huesos no han sido rotos, no es un cadáver repugnante con los huesos rotos el que el Padre ofrece a nuestras miradas mas una víctima cuyo costado ha sido atravesado, contemplado a la luz de la Pascua y que revela la gloria de amor que es el corazón de Dios. Es el amor de su Corazón divino que no deja "al que le ama ver la corrupción" sino que, al contrario, hace brotar la Vida, este Espíritu de amor, inmediatamente derramado sobre todos los que quieren contemplar "a Aquel al que han atravesado"; bautizados así en el agua y en la sangre, en la muerte y en la resurrección, forman este pueblo nuevo que es la Iglesia, nacida inmediatamente del costado atravesado del Señor.

Observando lo que ha hecho la lanza del soldado, Juan entona, lleno de fe, la profecía de Zacarías según la cual la contemplación del Atravesado por la lanza anuncia, como una manifestación del amor del Corazón de Dios, la alegría en la tristeza, el perdón en la falta, y, en el rechazo de amar, la

reparación. La reparación, sí! Porque aquel que contempla desde la fe al que atravesaron, no puede ceñirse a ser solamente un adorador del misterio de amor; esta contemplación le lleva a vivir el misterio pascual con espíritu de reparación, a dejar que su corazón de piedra se transforme en corazón de carne, amando activamente, por el agua viva y la sangre derramada, al Padre y en El a todo hombre.

Comprendida de esta manera, la dulcísima tarea de dar a conocer el Corazón de Jesús no es la búsqueda de un sufrimiento que se cultivaría a sí mismo, sino que, como lo comprendió el apóstol bien amado, y como lo comprendieron después de él Margarita María y Claudio La Colombière, el fiel no puede celebrar el agua viva de Pentecostés sin participar también en la sangre derramada en el calvario. La dulcísima tarea irradia a través de los hombres y de las mujeres cuyo corazón está marcado por el Corazón de Cristo, nuestra Pascua. Y es su amor el que transforma la angustia paralizante de la muerte en confianza Pascual de la vida, la guerra surgida del odio en paz, fuente de la civilización del amor, la injusticia de los hombres en esta justicia que exige el mandamiento del amor. Esta es la verdadera reparación: una participación activa en la obra de la redención, en el agua viva y en la sangre derramada que no cesan de brotar del Corazón atravesado de Jesús.

Celebrando esta Eucaristía damos gracias al Corazón de Jesús por todo el bien hecho durante tres siglos por aquellas y aquellos que han asumido de todo corazón la dulcísima tarea que les ha sido confiada. Que por la intercesión del Corazón Inmaculado de María, la Compañía de Jesús pueda llevar a cabo la misión, recordada por el Papa Juan Pablo II, en este mismo lugar, en Paray-le-Monial, de anunciar al hombre de nuestro tiempo el amor del Sagrado Corazón cuya fidelidad nos acompaña de generación en generación.

CONFERENCIA

*Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Paray-le-Monial, 2 de julio, 1988*

Ciertamente como compañeros de Jesús estamos reunidos en Paray-le-Monial. Y según el método ignaciano deseamos meditar el misterio de este día, el misterio del Corazón de Jesús.

EL "MUNUS SUAVISSIMUM"

"Traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí..." cómo un dos de julio, en la fiesta de la Visitación, del año del Señor mil seiscientos ochenta y ocho, la Compañía de Jesús recibió la misión de propagar la espiritualidad del Corazón de Jesús como "un don soberanamente agradable", como un "munus suavissimum".

En este día de la fiesta de la Virgen, Santa Margarita María está en oración la mayor parte del día. Y al atardecer, oye que María se dirige a ella. La Virgen, la que llevó a Isabel la presencia del Señor que "se acuerda de su misericordia", se vuelve hacia ella y las religiosas de la Visitación: se dirige luego hacia los jesuitas, representados por Claudio La Colombière, "fiel servidor de mi divino Hijo". Y la misión que les confía a estos dos grupos religiosos es la de manifestar el amor misericordioso de su Hijo para con los hombres, como se reveló en su Corazón herido. En su correspondencia de los años 1688 y 1689, Santa Margarita María¹

¹ Margarita María Alacoque nació cerca de Autun, en Francia central, el 22 de julio de 1647. Educada en un ambiente agrario en circunstancias difíciles, entró en el Convento de la Visitación en Paray-le-Monial en 1671 a la edad de 24 años. Fue sucesivamente maestra de postulantes, ayudante de la Superiora y maestra de

repite que esta misión fue confiada a la Visitación de Santa María y a la Compañía de Jesús y, delicadamente, destina a las salesas su dimensión contemplativa y a los jesuitas la actividad propiamente apostólica.

"Está reservado a los Padres de vuestra Compañía hacer ver y conocer su utilidad y su valor... y a medida que le den este gusto, este divino Corazón, fuente fecunda de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio que producirán frutos que irán más allá de sus trabajos y de sus esperanzas, y también para la salvación y la perfección de cada uno de ellos en particular"¹.

Sin querer reservarse el monopolio de esta misión y sin reclamar de una manera exclusiva la "triumphalis progressio cultus Sacratissimi Cordis Iesu"², la Compañía, hace un siglo, durante la Congregación General 23, reconoció y recibió "a Domino Nostro

novicias hasta su muerte, diecinueve años más tarde el 8 de octubre de 1690, a los 43 años. Su vida de oración fue extraordinaria desde el primer momento y sus superiores insistieron en que escribiese un diario espiritual. "A través de una luz especial, llegó a conocer el poder y la belleza del amor de Jesucristo, contemplando en la adoración eucarística el Corazón traspasado por la salvación del mundo" (Juan Pablo II, 5 de octubre de 1986 en Paray-le-Monial). Sus experiencias y escritos han ejercido considerable influjo en el desarrollo de una devoción popular al Sdo. Corazón, tanto a nivel litúrgico como privado. Fue beatificada en 1864 y canonizada en 1920.

¹ Carta 89, julio 1688, ver en la nota A, página 43, un texto más amplio.

² Antiguo Breviario Romano para la fiesta del Sdo. Corazón, lección VI.

Iesu Christo munus suavissimum ipsi commissum", esta misión que, en efecto, ha encontrado entre los jesuitas, y continúa encontrando en ellos un eco particularmente profundo y prolongado¹.

En la medida en que vive en y por la Iglesia, permaneciendo fiel a sí misma, la Compañía continúa creciendo. Y en función de su historia, vivida en la fidelidad a su carisma, actúa y reacciona. Ciertamente, la devoción al Sagrado Corazón se encarna en condicionamientos humanos y temporales que, por naturaleza, son cambiantes. Y lo que permanece de la misión confiada a la Compañía - lo que permanece de esta gran historia en el momento presente - está marcado por la aparición en la Iglesia de acontecimientos tales como el Concilio Vaticano II y las nuevas experiencias de la secularización y de la aparición de nuevos movimientos espirituales.

Hay que añadir, con toda honradez, que, como jesuitas podemos dejar que se esfumen páginas enteras de la historia de la Compañía, reduciéndolas al estado de sombras inconsistentes o de frutos de un fervor pasajero. Reconozcamos que la indolencia de nuestro corazón nos lleva a evitar la acogida del Corazón de Jesús en nuestra propia existencia: pues sabemos perfectamente que su amor escrutará lo más íntimo de nosotros mismos - nuestro corazón - donde preferimos sentirnos en nosotros más que "estar con él". Pero apartar la memoria viva de la historia vivida por la Compañía según la voluntad del Señor, siendo así que recibió la misión de anunciar el misterio del amor de Dios revelado en el Corazón del Hijo único, sería traicionar la existencia misma de la Compañía, en razón sobre todo de una real connaturalidad entre la espiritualidad del Corazón de Jesús y la espiritualidad ignaciana. Y es esta connaturalidad, en efecto, la que explica cómo, desde Santa

¹ CG 23, 1883, d. 46. Ver nota B.1, página 45, para un texto más amplio.

Margarita María hasta el P. Arrupe, se mantiene el nexo prometido entre el vigor de la espiritualidad del Corazón de Jesús y la fecundidad apostólica de la Compañía.

"Estoy persuadido de que pocas pruebas de la renovación espiritual de la Compañía podrán llegar a ser tan claras como una devoción vigorosa y general al Corazón de Jesús. Nuestro apostolado encontraría en ella un vigor nuevo y no tardaríamos en ver los efectos, tanto en nuestra vida personal como en nuestras actividades apostólicas"¹.

En este modo, en lugar de rechazar nuestra historia, si es que esto fuera posible, en lugar de traicionar consciente o inconscientemente, de esta manera la identidad espiritual de la Compañía, dejémonos interpelar por la experiencia que ha hecho nuestro cuerpo apostólico del *munus suavissimum* y que hará todavía, si, como es propio de su vocación, la Compañía oye la petición de Juan Pablo II, expresada aquí mismo, en Paray-le-Monial en octubre de 1986: que la Compañía, sacándolo de su memoria viva, busque hoy cómo puede ofrecer un porvenir al hombre moderno guiándolo hacia la novedad de "la civilización del Corazón de Jesús", marcada por el amor herido de su costado atravesado².

¹ Una de las últimas grandes conferencias del P. Arrupe, antes de sufrir el ictus que lo dejó inválido en agosto de 1981, fue pronunciada en la conclusión del curso de espiritualidad ignaciana, de cinco semanas, que se tiene cada año en la Curia de Roma. Ver nota C, página 51, para un texto más amplio.

² En octubre de 1986, Juan Pablo II hizo lo que él llamó una peregrinación espiritual al sur de Francia. Allí oró al pie de la tumba de los primeros mártires de Lyon; beatificó al Padre Antoine Chevrier, siervo de los pobres de Lyon; oró con el Hno. Roger y su comunidad en Taizé; el 5 de octubre oró ante la tumba de Sta. Margarita María y del Bto. Claudio La Colombière en Paray-le-

DEVOCION AL CORAZON DE JESUS Y EJERCICIOS ESPIRITUALES

"Traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí..." el hecho bien significativo de que las revelaciones hechas a Santa Margarita María fueron conocidas por el gran público de su tiempo por primera vez gracias a la publicación de las notas de ejercicios de nuestro compañero, Claudio La Colombière, el primer jesuita que llevó a cabo el munus suavissimum confiado por el Señor a la Compañía¹. Invitando a la

Monial y en esta ocasión entregó al P. Kolvenbach una carta dirigida a todos los jesuitas (ver la nota D, página 56, para el texto completo de esta carta y la carta del P. Kolvenbach que lo acompañaba). El Papa concluyó su peregrinación visitando el santuario del Cura de Ars, San Juan María Vianney, y el de San Francisco de Sales y Sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadores de la Orden de la Visitación, en Annecy.

¹ Claudio La Colombière nació el 2 de febrero de 1641 en Saint-Symphorien d'Ozon, al sur de Francia. Después de hacer sus estudios con los jesuitas de Lyon, ingresó en el noviciado de la Compañía en Aviñón a los 17 años. Fue ordenado en París en 1669. Después de la ordenación sacerdotal enseñó y predicó en Lyon. Después de la Tercera Probación su primer destino, en febrero de 1675, fue a la pequeña comunidad jesuítica de Paray-le-Monial como superior. Durante los 18 meses siguientes fue director espiritual de Sta. Margarita María. En octubre de 1676 se dirigió a Londres en calidad de capellán privado del duque y la duquesa de York. Allí comenzó a promover públicamente la devoción al Sdo. Corazón. Acusado falsamente de predicar contra el rey y el parlamento, fue encarcelado en noviembre de 1678 y dos meses después enviado a Francia con la salud destruida. Hasta agosto de 1681 fue espiritual de los escolares de Lyon. Nuevamente enviado a Paray-le-Monial, murió el siguiente mes de febrero a la edad de 41 años. Fue beatificado en 1929.

Compañía a celebrar el tercer centenario de la muerte de este "fiel servidor y perfecto amigo", el Padre Paolo Dezza nos recordaba cómo "la espiritualidad de la Compañía, orientada por Dios hacia la profundización del amor del Señor, significado en el misterio del Corazón de Cristo, había suscitado ya entre los jesuitas, desde el tiempo de San Ignacio, notables apóstoles de este culto. La acción del beato Claudio, consagrada a promover la devoción al Corazón de Jesús, ha marcado la historia de la Compañía"¹.

La relación con los Ejercicios Espirituales y la consiguiente connaturalidad entre la espiritualidad del Corazón de Jesús y la espiritualidad ignaciana, se establece de hecho sin referencia explícita a la palabra "corazón". Pues en los Ejercicios Espirituales nunca es explícitamente mencionado el Corazón de Jesús. ¿No sucede lo mismo en la Iglesia en lo que hace referencia a la espiritualidad del Corazón de Dios, que encuentra su origen en el testimonio de San Juan, en su mirada contemplativa iluminada por la fe pascual hacia Aquel que atravesaron, sin que a pesar de todo en su narración no se pronuncie siquiera la palabra "corazón"? Del mismo modo, los Ejercicios Espirituales nos llevan con toda naturalidad a un "cor ad cor loquitur" - "el corazón habla al corazón" - sin que, sin embargo, San Ignacio hable explícitamente del "Corazón de Jesús".

Fiel a su principio de "no recorrer los puntos sino con una breve y sumaria explicación" (Ej. 2), San Ignacio lleva con sobriedad a descubrir el misterio descrito por San Juan: "su costado fue herido por la lanza y salió agua y sangre" (Ej. 297). Y esto, aunque San Ignacio conociera la amplia y ardiente meditación de este misterio propuesta por Ludolfo el Cartujano en su Vida de Cristo. En efecto, donde San Ignacio nos deja cara a cara con el corazón herido del Señor, el Cartujano se hace intérprete nuestro y

¹ Ver la Nota E, página 60, para el texto de la carta del P. Dezza.

formula él mismo en nuestro nombre lo que San Ignacio quisiera que fuera nuestro propio descubrimiento: "Que el hombre se apresure a entrar en el Corazón de Cristo... unirte de tal manera a Cristo por amor, que tu corazón entre totalmente en él... que hiera tu corazón con sus heridas"¹.

He aquí, puesta a plena luz la pedagogía espiritual de San Ignacio: muestra el camino hacia un conocimiento interior de Cristo (Ej. 104), señala la ruta hacia un encuentro en el que "un amigo habla a un amigo" (Ej. 54), que tiene el corazón herido, y abre totalmente nuestro corazón al corazón de Dios mediante una "redamatio" reparadora, traducida en estos términos por Claudio La Colombière, el confidente de Santa Margarita María: "él ama y no es amado... Para reparar tantos ultrajes y tan crueles ingratitudes... os ofrezco mi corazón... me doy enteramente a Vos"².

¹ Ludolfo de Sajonia nació en la Alemania del norte hacia el año 1300. Fue primeramente dominico y en 1340 entró en la Cartuja de Estrasburgo donde murió en 1378. Sus escritos revelan un profundo conocimiento de la Escritura y un gran respeto por la vida apostólica. Su "Vida de Cristo" fue probablemente escrita poco después de ingresar en la Cartuja. El Padre Nadal declaró poco después de la muerte de San Ignacio que fue precisamente la vida de Cristo escrita por Ludolfo la que Ignacio leyó en Loyola durante su convalecencia. La cita está tomada aquí de VC, II, 58. Para un estudio reciente y completo de la contemplación que hace Ludolfo sobre la llaga del costado, ver el artículo del P. Juan Ochagavía en el número especial de ORACION Y SERVICIO de abril 1988 dedicado al tema de los Ejercicios y el Corazón de Cristo.

² Ver la nota F.1, página 64, sobre el acto de consagración al Corazón de Cristo, de La Colombière.

Esta pedagogía espiritual de San Ignacio nos hace empezar con él una frase que, una vez solos, acaba el mismo Señor con nosotros mismos. Y esta es la pedagogía que lleva a la visión del Corazón de Jesús de Pedro Canisio, a la oración a la sagrada llaga de San Francisco de Borja, al éxtasis del beato Pedro Fabro en Maguncia, delante de la cruz del Señor. Más tarde, esta pedagogía conducirá a San Alonso Rodríguez de la contemplación del rostro sufriente del Crucificado hasta el secreto que revela esta Faz: el misterio del corazón¹. Más tarde aún, la pedagogía ignaciana conducirá a tomar interés por el misterio del Corazón de Jesús, explicitado por la Iglesia a lo largo de un proceso que se remonta a sus orígenes, pero en el que el mensaje recibido por la Compañía en 1688 marca un punto de condensación innegable.

Y es la fidelidad a esta pedagogía ignaciana la que inspiró al P. Arrupe cuando anotaba que en la difusión de la espiritualidad del Corazón de Jesús "no se trata de forzar las cosas, ni de ordenar nada en una materia en cuyo centro está el amor"². Y esta advertencia era el eco de un consejo dado por Santa Margarita María: "La devoción no puede ser forzada, sino que (el nuevo culto) quiere insinuarse dulce y suavemente en los corazones mediante la santa unción de la caridad"³. Solamente el amor tiene credibilidad, y ya los Ejercicios Espirituales indican el camino para llevar al prójimo al amor: no mostrándose con él ni duro ni severo, sino conduciéndolo a prepararse y a disponerse para recibir la consolación que da el conocimiento del misterio del Corazón de Dios en Jesús (Ej. 8).

¹ Ver la nota G, página 69, sobre la descripción de las experiencias espirituales de los primeros jesuitas mencionados aquí.

² Pedro Arrupe, 6 febrero 1981, nota C, página 54.

³ Carta 112, de Sta. Margarita María a la Madre Saumaise, 22 de diciembre, 1689.

LA HISTORIA DEL "MUNUS SUAVISSIMUM"

Por esta razón, los primeros jesuitas que cumplen con el munus suavissimum no tienen nada de fanáticos, a pesar de ser al mismo tiempo apasionados; no tienen nada de polemistas, a pesar de ser conscientes de que llevan un mensaje. En sus Ejercicios de 1677, Claudio La Colombière describe (165) la devoción que el Señor "ha sugerido a una persona" - Margarita María - y cómo él, Claudio, de quien el Señor se ha querido servir a pesar de su debilidad, "ha inspirado ya a mucha gente en Inglaterra"¹ esta devoción. Y es a toda una red de amigos a quienes Claudio inspira la espiritualidad del Corazón de Jesús, de persona a persona. Claudio reconoce ciertamente, las limitaciones de este modo de actuar personalizado: "¡Y no poder, Dios mío, estar por todas partes y publicar lo que esperáis de vuestros servidores y amigos!". Pero este apostolado personalizado no excluye en manera alguna una irradiación contagiosa: tenemos la prueba de ello en el testimonio de un franciscano inglés, San Juan Wall, que debía morir mártir poco después, y que escribe, después de haber encontrado a Claudio y de haber hablado con él: "Creí que estaba tratando con el apóstol San Juan vuelto a la tierra para encender de nuevo este amor en el fuego del Corazón de Jesús..."².

¹ Ver la nota F. 2, página 67, sobre las referencias de La Colombière a Margarita María en el retiro inglés de 1677. Es la primera publicidad que se da a sus extraordinarias gracias de oración de modo que incluso las religiosas de su propia comunidad las conocieron por primera vez gracias a esas notas.

² San Juan Wall nació en Lancashire en 1620, hizo sus estudios para el sacerdocio en Douai y Roma y fue ordenado sacerdote a los 25 años. Ingresado en la orden franciscana fue maestro de

La discreta caritas que, a través del amor apasionado de Claudio la Colombière, atrae a tantas personas al Corazón de Jesús, no será siempre compartida por los que tomaron el relevo en el cumplimiento del munus suavissimum. Los Padres François Froment y Jean Croiset, ganados por Santa Margarita María, el Padre Joseph-François de Gallifet, atraído por el beato Claudio la Colombière, todos extenderán con fervor la naciente devoción, insistiendo a veces de un modo menos razonable en un imaginaria que no era precisamente lo esencial. En el ardor de extender la práctica colectiva y pública de la nueva devoción al Corazón de Cristo, los promotores corrieron el riesgo también de subrayar menos explícitamente el don de sí mismo al Corazón de Cristo mediante un conocimiento interno del Señor (Ej. 104)¹.

novicios; destinado a Inglaterra a los 36 años en 1656 se dedicó al ministerio entre los católicos de Worcestershire durante 22 años. Dos semanas antes del arresto de La Colombière tuvo esta comunicación con él: "Padre, yo soy un pobre fraile Menor de San Francisco. He venido hasta usted para recibir fuerza y consejo en el Corazón de Jesús. Sabemos por todo el mundo que usted es su apóstol..." "Amigo mío, sin duda usted se ha acercado a la fuente de toda gracia para alcanzar la fuerza que necesita. Nadie puede penetrar los misterios de su Corazón sin gustar el cáliz de la amargura que Jesús bebió completamente en Getsemaní. Cuando los amigos de Cristo toman su cruz y lo siguen, si bien reciben el ciento por uno de consolaciones prometidas por él, no pueden escapar a la dolorosa espada de la persecución...". El Padre Wall fue arrestado nueve meses más tarde en Worcester, ahorcado, arrastrado y descuartizado. Fue canonizado en 1970. La Vida de Claudio La Colombière escrita por Guitton, trae el incidente narrado aquí.

¹ Sobre la historia de los jesuitas mencionados aquí, ver la nota H, página 80.

Pues ninguna fórmula de consagración, ninguna práctica de devoción puede producir por sí misma el más mínimo crecimiento en el amor de Cristo: todas estas fórmulas valen lo que vale el corazón que responde a la invitación a entrar, paso a paso, siempre más adelante en el misterio del Costado abierto. Ninguna de las expresiones de la devoción al Corazón de Jesús es un fin en sí misma. Todas poseen en común con los Ejercicios Espirituales un valor pedagógico. Esta es la visión de Pío XII que no dudaba en presentar el culto al Sagrado Corazón como "la escuela más eficaz del amor divino"¹.

Del mismo modo que al que recibe los Ejercicios, al que practica la devoción al Corazón de Jesús le aprovecha en gran manera el "entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad" (Ej. 5). Si esto es así, la devoción al Corazón de Jesús no está más pasada de moda que el

¹ Pío XII, HAURIETIS AQUAS, n. 15ss. Ver nota J, página 87: "Finalmente, deseando con todo empeño oponer una firme barrera a las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y del prójimo, no dudamos en proponer la espiritualidad del Corazón de Jesús como la escuela más eficaz de la caridad divina; de esa caridad divina sobre la cual es necesario que se cimiente el reino de Dios en el alma de cada individuo, en los hogares y en las naciones, según lo manifestó sabiamente nuestro mismo predecesor León XIII en la encíclica TAMETSÍ: "El reino de Cristo recibe su fuerza y su estructura de la caridad divina, ya que su fundamento y su síntesis consiste en amar santa y ordenadamente; de aquí fluye por necesidad todo lo demás: el cumplimiento fiel de las obligaciones, el no perjudicar en nada los derechos ajenos, el estimar las cosas humanas como inferiores a las celestiales y el anteponer el amor de Dios a todas las cosas"

lenguaje de los Ejercicios y si los Ejercicios conocen hoy un aumento de confianza en toda la Compañía, ¿no puede suceder lo mismo con la devoción al Corazón de Jesús, cuando, bien adaptada y, sobre todo, practicada humildemente, nos enseñe a "alcanzar el amor" (Ej 230) que se revela en el Corazón del Salvador? Puede pues concluirse que el "aggiornamento" de la devoción al Corazón de Jesús en el corazón de los jesuitas de hoy consiste en seguir la pedagogía de los Ejercicios para "apartar los obstáculos entre Dios y el hombre para dejar que el Espíritu haga posible por sí mismo el reencuentro"¹. Y, recíprocamente, será acudiendo de nuevo a la fuente del Corazón de Jesús, que es la Fuente del Espíritu, cómo los Ejercicios dados espiritualmente serán a su vez una efusión del Espíritu para la edificación del cuerpo apostólico de la Compañía.

EL CORAZON HUMANO DE DIOS

"Traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí..." la lentitud con que la Compañía anuncia el munus suavissimum. Los primeros apóstoles del Corazón de Jesús llegaron a conocer las dificultades desalentadoras que el Señor había anunciado a Santa Margarita María. El beato Claudio La Colombière acaba siendo, según sus propias palabras, "una carga inútil en todas las casas en que me encuentre"². El Padre Jean

¹ CG 32, 1975, d. 4, no 57. Ver nota B. 4, página 48.

² Al dejar Paray-le-Monial, La Colombière tuvo una abundante correspondencia, primero desde Londres y después desde Lyon, con la Madre Françoise de Saumaise, la superiora de Sta. Margarita cuando él estaba en su destino de Paray. "Estoy aquí (Lyon) desde el 11 de este mes. Me siento peor que nunca desde mi partida de Inglaterra... Hallo en todas partes una mies tan grande, que me cuesta muchísimo contenerme; pero me ordenan el silencio y estoy resuelto a observarlo, según el consejo de usted. Si la Providencia me vuelve a llamar al país de las cruces, estoy

Croiset conoce la desgracia en la Compañía, y en Roma su obra es incluida en el Índice. Una muerte prematura parece que pone fin "a la palabra y a la pluma" inflamadas del joven Padre Bernardo de Hoyos, y a pesar de los dones magistrales que poseía para la elaboración de una teología del Corazón de Jesús, parece que fue en vano que el Padre Joseph-François de Gallifet se apasionara por la nueva devoción. Los prepositos generales, Tirso González y Miguel Angel Tamburini se muestran, por su parte, reticentes, no ciertamente ante una espiritualidad del corazón como tal, sino a propósito de las formas en las que quería expresarse la devoción al Corazón de Jesús¹.

Todavía hoy, nuestra preocupación apostólica debe consistir en separar la devoción al Corazón de Jesús de todo lo sobreañadido, para llevarla, más allá de cualquier sensiblería y aun más allá de todo sentimentalismo, hacia lo que tiene de esencial. Y esto que es esencial, sin embargo, por espiritual y sublime que sea,

enteramente dispuesto a partir; pero Nuestro Señor me enseña, desde hace algunos días, a hacerle un sacrificio mayor todavía, que es estar resuelto a no hacer nada, si es su voluntad; a morir el primer día y extinguir por la muerte el celo y los grandes deseos que tengo de trabajar por la santificación de las almas, o bien arrastrar en silencio una vida achacosa y lánguida sin ser ya sino una carga inútil en todas las casas en que me encuentre. Estaba mal cuando llegué a Paray; pero allí me restablecí en dos días... Encontré las cosas en una disposición admirable... no pude ver sino una vez a la Hermana Alacoque; pero tuve mucho consuelo en esa visita; la encontré siempre sumamente humilde y sumisa, con gran amor a la cruz y a los desprecios. Esas son señales de la bondad del espíritu que la guía, las cuales no han engañado nunca a nadie..." Carta 43 de Claudio La Colombière.

¹ Ver nota H, página 80, sobre el P. Croiset, de Hoyos, y de Gallifet.

debe encarnarse para llegar a ser cristiano. Esta encarnación significa ante todo que, lejos de ser una inclinación puramente instintiva, el amor es una decisión consciente, una "elección" del corazón del hombre de ir, mediante una larga y agotadora desposesión de sí, hacia los otros en Aquel que, amándonos con un corazón humano es el Enteramente Otro¹. La encíclica HAURIETIS AQUAS ha recordado claramente que el amor de Dios no es solamente espiritual. Mientras que la antigua alianza revela el amor espiritual de Dios hacia su pueblo, la nueva alianza nos pone no solamente ante el amor divino, sino ante este amor bajo la forma encarnada, sensible, del amor humano².

De una manera lapidaria, la constitución apostólica GAUDIUM ET SPES retoma este mensaje de salvación: "... Cristo, Verbo Encarnado, nos ha amado con un corazón de hombre"³. Este mensaje del Corazón humano de Cristo, explica el

¹ Durante su visita a Francia en 1980, Juan Pablo II no pudo pronunciar el discurso preparado para un encuentro el 1 de junio con la juventud en París. Ver nota I, página 84, para el número 5 de esta declaración del Papa a la que alude aquí el P. Kolvenbach.

² Pío XII, HAURIETIS AQUAS, no. 15 ss. Ver nota J, página 87.

³ GAUDIUM ET SPES, 22.2: El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno

Concilio Vaticano II, "lejos de disminuir al hombre, ayuda a su progreso dando luz, vida y libertad y, fuera de él, nada puede satisfacer al corazón humano"¹. Juan Pablo II ha asumido esta antropología cristocéntrica de la GAUDIUM ET SPES desde su primera encíclica REDEMPTOR HOMINIS. El corazón del hombre debe aprenderlo todo del Corazón de Cristo, puesto que él nos ha amado con un corazón de hombre.

"Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a preservarse de ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo"².

DIFICULTADES DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

¿Por qué esta espiritualidad del corazón suscita dificultades desde sus orígenes? Ante esta cuestión hay dos razones mayores.

de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado.

¹ GAUDIUM ET SPES, 21,7: La Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación del hombre, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de sus destinos más altos. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano. Lo único que puede llenar el corazón del hombre es aquello de "nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti."

² Juan Pablo II, Carta a los Jesuitas, ver nota D, página 58.

La primera es el hecho de que si la persona humana debe tener, sin duda, el ardor de su espíritu, sin el cual el ardor sentimental no es más que humo de pajas, la espiritualidad cristiana incluye también los sentimientos, y refiriéndose a la imagen misma de Dios, la revela como un Dios que tiene un corazón. En un ambiente de racionalidad pura y de pragmatismo técnico, la devoción al Corazón de Jesús no puede dejar de sufrir la degradación de lo emocional, que, sin embargo, forma parte integrante de la riqueza de la existencia humana; no puede menos de experimentar el menosprecio del "pathos", que, por otra parte, se retoma en una patología de lo emocional más allá de todo orden y medida. Parafraseando una observación del P. Karl Rahner que, con su hermano, el P. Hugo Rahner se entregaron con gran mérito al munus suavissimum, se podría decir que, despreciando al sentimiento, los cristianos están haciendo del cristianismo una abstracción, es decir, una gnosis. Y las abstracciones no tienen necesidad de corazón¹.

¹ Hugo y Karl Rahner, dos hijos (de una familia de siete) de un profesor universitario, nacieron y se criaron en la Selva Negra de Alemania; Hugo nació en Baden en 1900, y Karl en Friburgo en 1904. Hugo ingresó al noviciado de Feldkirch a los 19 años, y Karl a los 18, en 1922. Después de estudiar en Pullach, Valkenburg e Innsbruck, y de la ordenación en 1929 y 1932, sus vidas sacerdotales transcurrieron casi totalmente en los departamentos de teología de las universidades de Innsbruck y Munich. El campo de Hugo era la patrística y la historia de la Iglesia, pero pronto adquirió renombre mundial como experto en espiritualidad ignaciana. Karl, un teólogo dogmático, realizó una labor pastoral durante la guerra en Viena y Baviera, sirvió de consejero de teología en el Concilio Vaticano II y, además de enseñar y de dar conferencias, escribió más de cuatro mil obras que cubren casi todos los temas teológicos más importantes. Karl murió en Innsbruck en 1984, dieciséis años después de la muerte de Hugo en

El Concilio Vaticano II, por su parte, ha renovado la liturgia del pueblo de Dios, ha redescubierto el mensaje bíblico, profundizado la vida de la Iglesia y asumido muchas responsabilidades nuevas en el mundo. Pero esta renovación ocupa de tal manera nuestro espíritu que corremos el riesgo de olvidar que liturgia y Biblia, Iglesia y misión, son además gestos del amor de Dios encarnado en el Corazón de su Hijo, que continúa su obra de amor en este mundo, suscitando nuestra "redamatio", la respuesta de nuestro corazón. A pesar de la exigencia que comporta, una espiritualidad renovada del Corazón de Jesús, concentrada sobre la respuesta del corazón humano al amor de Cristo, podría ser reconocida como una forma significativa de la "nueva evangelización" que hay que llevar a cabo, es decir, como la sola forma verdaderamente significativa¹.

Munich en 1968. Ver algunas selecciones de sus obras en la nota M, página 91.

¹ El estímulo de "una nueva evangelización" surge, sin lugar a dudas, del Vaticano II y del Sínodo de Obispos de 1974 sobre la Evangelización en el Mundo Moderno. El documento que produjo, EVANGELII NUNTIANDI, enuncia en el párrafo 52: "Aunque este primer anuncio va dirigido de modo específico a quienes nunca han escuchado la Buena Nueva de Jesús o a los niños, se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos". Juan Pablo II ha hecho de esta nueva evangelización una de las piedras angulares de su pontificado itinerante, enfatizando, de manera especial, la necesidad de una re-

Pero hay una segunda razón, quizá la de mayor fuerza, de las resistencias encontradas, desde sus mismos orígenes, por la devoción al Corazón de Jesús: que esta espiritualidad, para ser vivida y para tomar cuerpo, debe concretarse en prácticas, consideradas con frecuencia como demasiado nuevas en la época de los primeros apóstoles del *munus suavissimum*, y en nuestros días tenidas como pasadas de moda y no exentas de ambigüedades teológicas. La reticencia que el mensaje de Paray-le-Monial ha encontrado, desde el comienzo, en la Compañía, se refería menos a la espiritualidad del Corazón de Jesús que a las prácticas de esta devoción¹.

evangelización de las culturas secularizadas de la Europa cristiana y de un renovado esfuerzo en América Latina con motivo del quinto centenario de la primera prédica del Evangelio en ese continente.

¹ Para una enumeración objetiva de las dificultades teológicas más comunes, con respecto a las prácticas de devoción al Sagrado Corazón, véase el ensayo de Richard Gutzwiller, "Dificultades" páginas 33 a 52 de *COR SALVATORIS*, redactado por Josef Stierli. Algunas de estas dificultades son: la confusión en cuanto al objeto de la devoción (¿el objeto material?, ¿el amor de Cristo?, ¿el corazón físico como símbolo de amor?, ¿la Divinidad de Cristo, conjuntamente con el alma humana y el corazón físico?); el Sagrado Corazón como manifestación de Amor, propiamente el atributo del espíritu; la concentración en Jesús más bien que en el Padre; la concentración en el doliente corazón de Nuestro Señor (que está en la gloria, incapaz de sufrir en el cuerpo y en el alma); algunas dificultades bíblicas con las limitaciones inherentes al concentrarse en el lenguaje y en las imágenes del Sagrado Corazón; los riesgos de crear una actitud melancólica, pesimista, escapista, o una disposición individualista, egocéntrica; el fracaso en el incorporar apropiada y definitivamente, el culto del Sagrado Corazón en la liturgia; la fidelidad excesiva a las formas y valores

Después de haber presentado la espiritualidad del Sagrado Corazón, el Papa Juan Pablo II en su carta en Paray-le-Monial, la concreta recomendando la práctica mensual de los primeros viernes:

"Manifestándose especialmente en la práctica de la hora santa, de la confesión y de la comunión de los primeros viernes, (la devoción al Corazón de Jesús) ha contribuido a incitar a generaciones de cristianos a orar mucho más y a participar más frecuentemente en el sacramento de la penitencia y de la eucaristía. Estos son caminos que es deseable que se propongan a los fieles, aun hoy en día"¹.

Esta insistencia en una práctica popular ha asombrado y aun irritado a algunos. Y sin embargo, Juan Pablo II se contenta con afirmar que la espiritualidad renovada del Sagrado Corazón debe expresarse en prácticas; y, sin imponer las palabras y las imágenes, la forma y el modo de expresión, en una larga lista de prácticas, retiene solo lo esencial: una oración más asidua para conocer cada vez más desde el interior, a partir del corazón, las riquezas del corazón de Cristo y al mismo tiempo una generosa participación en los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, para unirse al Corazón de Jesús, a su acto de ofrecimiento y de reparación. Aquí conviene recordar la palabra del P. Arrupe: "La Compañía tiene necesidad de la "dynamis" encerrada en este símbolo y en la realidad que nos anuncia: el amor del Corazón de Cristo. Nos hace falta quizás una actitud de humildad eclesial para acoger lo que los Soberanos Pontífices, las Congregaciones Generales y los Generales de la Compañía han repetido sin cesar".

tradicionales del culto que no permiten la evolución hacia las necesidades y desarrollos teológicos más actuales.

¹ Nota D, página 59, carta de Juan Pablo II a los jesuitas.

Desde el principio de la devoción de Paray-le-Monial hasta nuestros días, el problema específico de la imagen del Corazón ha seguido siendo la última cuestión contra la que chocan muchos jesuitas. No han faltado intentos por parte de jesuitas competentes y bien intencionados, de restringirse a lo esencial de la devoción: el amor divino, pero sin el "corazón". En la Iglesia, ¿no se profesa de una manera particular la devoción al Amor misericordioso de Dios sin dirigir la mirada explícitamente siempre hacia el Corazón de Cristo? Pero el Padre Pedro Arrupe nos invitó a no tener la presunción de creer que estamos por encima de una devoción que se expresa en un símbolo, y en la expresión gráfica de este símbolo. No quería que la Compañía se separara todavía un poco más de una pastoral popular que renace frecuentemente ante nuestros ojos de espectadores. "Vosotros repetís con tanta frecuencia que los pobres os han enseñado más que muchos libros: aprended de ellos esta lección tan simple; reconoced mi amor en mi Corazón"¹.

Todo el problema de la representación figurativa indispensable del Corazón de Jesús está bien resumido en un texto poco sospechoso de "devoto", a saber, el Decreto 4 de la CG 32. "Así, para nosotros tanto como para los otros, se hace necesario trabajar en la búsqueda de un nuevo lenguaje, unos nuevos símbolos que nos permitan encontrar mejor y ayudar a los otros a encontrar, más allá de los ídolos destruidos, al Dios verdadero; a Aquel que, en Jesucristo, ha escogido tomar parte en la aventura humana y ligarse irrevocablemente a su destino. La memoria viviente de Jesús nos llama a esta fidelidad creadora"².

¹ Nota C, página 55, Padre Arrupe, febrero 1981.

² CG 32, d. 4, no. 26. Nota B. 4, página 48.

¿Y a qué nos invita la carta que Juan Pablo II nos entregó en Paray-le-Monial sino a este empeño creador que - el lenguaje bíblico da testimonio de ello - pasará por la explicitación decidida del Corazón en un camino espiritual centrado sobre el misterio del Amor que alcance hoy a los hombres de estos tiempos modernos? Y la energía apostólica de la Compañía estimulada de este modo constituirá por su parte un ejercicio renovado del munus suavissimum.

LA REPARACION

"Traer la historia de la cosa que tengo de contemplar, que es aquí..." el momento en que el cuerpo apostólico de la Compañía como tal descubrió la devoción al Corazón del Salvador. Habiendo obtenido en 1766 la autorización de celebrar la fiesta al Sagrado Corazón, ayudado en esto por la actividad del Padre Dominique-Marie Calvi con su celo increíble por el munus suavissimum, el prepósito General de la época, el Padre Lorenzo Ricci invitó, el 3 de junio de 1767, a toda la Compañía a encontrar en el Corazón de Jesús un refugio seguro - "nullibi enim tutius quiescet" durante el período tan doloroso que empezaba entonces a atravesar toda la Compañía. Si el Padre Ricci reconoce la parte de responsabilidad que le toca a la propia Compañía en esta persecución de que es objeto, a saber: su infidelidad a la vida interior y a su espíritu propio, ve también en el sufrimiento de los jesuitas una participación en la pasión de Cristo que se prolonga hoy en la humanidad. La Compañía se siente así unida al Corazón de Jesús, cuyo amor es rechazado¹. Pero, como lo recordó más

¹ Lorenzo Ricci tenía 53 años cuando, en 1757, fue elegido Padre General (el decimoctavo) de la Compañía de Jesús, quince años antes de la supresión. Era un noble florentino y un sobresaliente profesor de Retórica en las universidades de Siena y Roma antes de ocupar el cargo de padre espiritual y profesor de

tarde el Padre Juan Bautista Roothaan, en una carta dirigida a la Compañía en 1878, el providencial renacimiento de la Compañía en Prusia y en Rusia Blanca, mientras estaba suprimida en el resto del mundo, indicaba también su participación en la muerte y en la resurrección del Señor, de lo que es testimonio su Corazón atravesado¹.

teología en el Colegio Romano. Antes de ser elegido Padre General de los 23.000 jesuitas, jamás fue superior: había sido Secretario de la Compañía por dos años y era muy consciente de la antipatía hacia ésta forjada durante décadas por una fuerte coalición política en Europa. Los jesuitas fueron expulsados o encarcelados, primero en Portugal y sus colonias en 1759; luego dispersos en Francia en 1763; y de la noche a la mañana, en España el 2 de abril de 1767, y en sus colonias el verano siguiente. Durante este tiempo, Ricci fue una fuente constante de consejos y consuelo de superiores y comunidades que luchaban por vencer o al menos sobrevivir a la tormenta. Las demandas para la supresión total de la Compañía ejercieron presión sobre el Papa electo en 1769, Clemente XIV, quien finalmente capituló en julio de 1773. En el nombre de la Compañía, Ricci aceptó la decisión del Papa según el voto de obediencia. Murió encarcelado en Castel Sant'Angelo el 24 de noviembre de 1775. Quien desee consultar los párrafos de sus últimas cartas a la Compañía, vea la Nota L, página 102.

¹ Juan Roothaan fue elegido en 1829 el 21º Superior General de la Compañía de Jesús, que fue restaurada por el Papa Pío VII en 1814. Fue Padre general por veinticuatro años. Nació en Amsterdam en 1784; a los dieciocho años ingresó en el noviciado jesuita de Dunaburg en Rusia, en donde, con la aprobación papal, la Provincia jesuita siguió existiendo durante los años de la supresión. En Latvia, después de su ordenación se dedicó a la enseñanza y a la labor pastoral, y lo mismo en Brig, Suiza, después de la restauración de la Compañía y la expulsión de Rusia. Fue Rector del Colegio y de la comunidad recientemente fundadas en Turín: tales fueron sus tareas previas a su elección como Padre

Contemplando el Corazón de Cristo, todos los que llevan el nombre de cristianos aceptan su solidaridad vergonzosa en el pecado con todos los hombres con los que comparten la indiferencia y el rechazo. Pero porque el corazón herido no significa la sacralización del dolor sino la santificación del sufrimiento por el amor, nuestra reacción - nuestra "redamatio" - podrá expresarse, según las vocaciones y las misiones de cada uno, en actitudes diversas.

Para unos será la participación en la agonía mortal del Señor; para otros, la alegría pascual con su mirada de esperanza capaz de asumir e integrar todo lo que hay de incomprensible en la angustia existencial de los hombres; para otros, además, la fe ardiente que empuja a construir la civilización del Corazón de Cristo sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia. Y es sobre todo esta última actitud la que Juan Pablo II ha caracterizado como "la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador"¹. En este tiempo de odio y de violencia, de injusticia y de discriminación, la reparación debida al Señor no es auténtica si no integra el sentido del pobre, la promoción de la justicia, el amor

General. Su hábil administración estableció sólidas bases para el renacer de una fuerte Compañía en todos los sectores de su energía inicial: espiritualidad, educación, compromiso pastoral, misiones en el extranjero, especialización académica. Simultáneamente, enfrentó con firmeza la incesante oposición de viejos y nuevos enemigos, en situaciones tan graves como aquéllas que destruyeron a la Compañía cincuenta años atrás. Murió en el Gesù de Roma en 1853. Su carta sobre la devoción al Sagrado Corazón (I. Razones para fomentar la devoción; II. La forma de practicarla; III. Lo que nos enseña el Sagrado Corazón; IV. Exhortación final) fue escrita a la Compañía en junio de 1848.

¹ Juan Pablo II, Carta a los jesuitas, Nota D, página 58.

hacia el más pequeño, el respeto a la vida. La palabra reparación, tan frecuentemente rechazada hoy, está unida históricamente al concepto paleocristiano de "redamatio": este devolver amor por amor que es la gracia propia de la "Contemplación para alcanzar amor" de los Ejercicios Espirituales como realización de la cuestión propuesta por el amor: ¿"Qué debo hacer por Cristo?", por amor de ese Cristo en la cruz a quien nosotros hemos "atravesado". En la espiritualidad ignaciana es en este movimiento de arrepentimiento donde se desarrolla la compasión, y este movimiento nos sería imposible sin alcanzar el amor o sin llegar al amor del Corazón del Salvador.

Reduciendo este misterio de amor a la exclusividad de una sola actitud o de una sola forma, se ha ignorado la naturaleza englobante del acto de reparación, verdadera respuesta de amor suscitada por el ágape en un mundo de pecado. Cuando el Santo Padre nos pide que "encontremos los medios más adaptados de presentar y practicar (este culto) a fin de que el hombre de hoy, con su mentalidad y su sensibilidad propias, descubra la verdadera respuesta a sus interrogaciones y a sus expectativas", la Compañía se descubre invitada a re-inculturar la reparación enraizándola de nuevo en la Contemplación para alcanzar amor. No se hace ninguna innovación hoy interpelando a los jesuitas de nuevo sobre el munus suavissimum en función de una sana teología de la liberación del pecado y de la muerte, introduciendo una respuesta reamadora y en consecuencia reparadora, restauradora - en el sentido paulino - de la imagen del amor de Dios en el hombre.

LA ACEPTACION SOLEMNE DEL MUNUS SUAVISSIMUM

"Traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí..." la CG 23, que en 1883, acepta solemnemente en nombre de todo el cuerpo apostólico de la Compañía "gratissimo

animo" el munus suavissimum de propagar el Culto del Sagrado Corazón, la "devotio erga divinissimum Cor"¹.

Estamos en la época de las grandes consagraciones públicas, celebradas en un contexto de cristiandad, por las que la Iglesia se esfuerza por reanimar en todos los bautizados el fervor y el celo y de promover por todos los medios a su alcance, la devoción al Sagrado Corazón. Más allá de una cierta inflación verbal y de una pompa ceremoniosa, consagrarse es reconocer solemnemente y como cuerpo apostólico el misterio del Costado entreabierto. Consciente de haber nacido de la herida de Cristo, la Iglesia entona un canto de alabanza y de reconocimiento. Y en este espíritu la Compañía también se ofrece "para ser consagrada en la verdad que es el Corazón de Jesús". Y la reparación se deriva de esta consagración que significa todo nuestro deseo de insertarnos en la obra de salvación, en la redención del Señor. Las palabras pueden cambiar: importa poco, en efecto, si el hombre prefiere entregarse o hacer don de sí mismo; la realidad seguirá siendo siempre la de un "sume et suscipe", pidiendo ser puesto con el Hijo, oración por excelencia del jesuita de hoy como lo fue del de ayer.

Oración además que sobrepasa ampliamente las fronteras de la Compañía puesto que se une al movimiento, tan extendido en toda la Iglesia, del Apostolado de la Oración². En 1915 la CG 26 quiso unir solemnemente la devoción al Corazón de Jesús con el Apostolado de la Oración. Pero ya Santa Margarita María, en una carta de 1689 al P. Croiset había sugerido unir a esta devoción una asociación de oración. Y la idea fue llevada adelante con resultado positivo por el P. Gautrelet y sobre todo por el P. Ramière³.

¹ CG 23, d. 46. Véase Nota B. 1, página 45.

² CG 26, 1915, d. 21. 1915. Véase Nota B. 2, página 46.

³ Los padres F.X. Gautrelet y Henri Ramière, S.J. eran,

La obra de la reparación, la civilización del amor exige consagrados que se dejen llevar bajo la moción del Espíritu, abiertos a lo imprevisible y a la gratuidad de la respuesta humana al amor del Creador y Redentor. La Compañía, y cada uno de sus miembros, se dará cuenta - y esto es siempre una experiencia luminosa - que no es para alcanzar un fin, aunque sea el más noble, ni para defender una causa, aunque fuera la más justa, ni para asegurar un servicio, aunque fuese el más generoso, para lo que desean responder al amor de Cristo. Se consagran movidos por el

respectivamente, padre espiritual y estudiante de Filosofía en la casa de formación de los jesuitas de Vals cerca de Le Puy al sur de Francia a principios de 1840, cuando la Provincia de Tolosa estaba dando inicio a una misión en Madurai, India. El gran entusiasmo por la nueva misión produjo tantas distracciones en los estudios que el padre Gautrelet exhortó a los estudiantes a que ofrecieran diariamente su estudio al Señor como oración a favor de los misioneros en el mundo. Los miembros de la comunidad acogieron la idea y la predicaron en la zona; de esta manera nació el Apostolado de la Oración. Fue autorizado por el Obispo de Le Puy, pero era poco conocido fuera de Francia hasta que en 1855, el padre Gautrelet pidió al padre Ramière que asumiera la dirección. (El padre Ramière recientemente había vuelto a Vals en calidad de profesor). Y así lo hizo por treinta años gustosamente, desarrollando conjuntamente sus tareas docentes y literarias de siempre. Al morir en 1884 había 35.000 centros en el mundo, y 73 MENSAJEROS DEL SAGRADO CORAZON. Estos últimos eran una prolongación del que fundó en Tolosa en 1861, y promovieron la formación permanente de la espiritualidad del Apostolado de la Oración. Los Papas han confiado repetidamente la orientación del A.O. a la Compañía. El Padre General de la Compañía de Jesús es Director General del A.O. ex-oficio. En 1968, se adaptaron los Estatutos a las normas del Vaticano II. Para los Estatutos, véase la nota M, página 107.

amor de su Corazón. Y a causa de su consagración por nosotros cada uno se consume en su consagración amorosa por el Reino. Y fuera de esta perspectiva de amor, hay que confesar que el corazón no está presente.

Que aquel que asumió por elección divina el munus suavissimum, Claudio La Colombière, inspire también hoy y en el futuro la consagración de la Compañía, que hace del conocimiento íntimo del Corazón de Jesús, un conocimiento por connaturalidad, un conocimiento por impregnación lenta:

"Sagrado Corazón de Jesús, enséñame el perfecto olvido de mí mismo, porque es el solo camino por el que se puede entrar en Ti... Enséñame lo que debo hacer para llegar a la pureza de tu amor, del que me has inspirado el deseo... Haz en mí tu voluntad, Señor; yo me opongo, lo sé bien, pero no quisiera oponerme. Eres tú el que debes hacerlo todo, divino Corazón de Jesucristo"¹.

Y así, el que en la aventura de su experiencia religiosa ha tenido la ocasión de experimentar la inaudita altura, profundidad, anchura y amplitud del amor de Cristo salvador, no puede cesar de decirse a sí mismo y de decir a todos los que se cruzan por el camino que el Corazón de Jesús es el centro último y la verdad definitiva de la vida y de la muerte, del odio y del amor. Y lo dice una y otra vez al estilo de la meditación oriental, "Corazón de Jesús, ten piedad de mí". Lo dice dirigiéndose hacia este Corazón atravesado y amante que nos ama en nuestras tinieblas sin salida, hacia este Corazón que es el Corazón mismo de Dios que nos entrega, sin agotarlo, el misterio primordial, a saber, que incomprensiblemente Dios nos ama y que este amor se ha hecho irrevocable en el Corazón de Jesús: ahí, en este corazón, somos

¹ Para el texto completo de esta oración, véase Nota F. 1, página 64.

amados... pero también ahí, en este Corazón, - nos atrevemos a esperarlo - todos son reunidos por el amor.

Ojalá la Virgen María, en este 2 de julio de 1988, manifieste a nuestra Compañía en su relación con el Corazón de Jesús, la atención benévola y la confianza maternal que manifestó de una manera tan conmovedora hace ya tres siglos.

NOTAS

NOTA A

*Carta de la
Hermana Margarita María Alacoque
a la Madre de Saumaise,
Julio, 1688 (carta No. 89)*

... Os diré que habiendo tenido la dicha de pasar todo el día de la Visitación ante el Santísimo Sacramento, mi Soberano se dignó favorecer a su miserable esclava con varias gracias particulares procedentes de su amoroso Corazón, el cual metiéndome dentro de sí, me hizo sentir lo que no me es dado explicar. Se me representó un lugar eminente, espacioso y admirable por su belleza, en cuyo centro había un trono de llamas, y en él estaba el amable Corazón de Jesús con su llaga que despedía rayos tan encendidos y luminosos, que todo aquel espacio quedaba iluminado y caldeado con ello.

La Santísima Virgen estaba de un lado y San Francisco de Sales del otro, con el Santo Padre La Colombière; y se veía en aquel lugar a las Hijas de la Visitación acompañadas de sus ángeles custodios, cada uno de los cuales tenía un corazón en la mano; la Santísima Virgen nos llamó con estas palabras:

Venid, amadísimas Hijas mías: acercáos, porque os quiero hacer las depositarias de este precioso tesoro que el divino Sol de justicia ha formado en la tierra virgen de mi corazón, donde ha estado nueve meses escondido; después de lo cual se manifestó a los hombres, que no reconociendo lo que vale, lo han despreciado, porque lo han visto mezclado y cubierto con su misma tierra, en la cual el Padre Eterno había echado toda la inmundicia y corrupción de nuestros pecados, que le hizo purificar durante treinta y tres años en los incendios del fuego de su caridad. Pero viendo que los

hombres, lejos de enriquecerse y aprovecharse de tan precioso tesoro, según el fin para el cual se les había dado, procuraban al contrario anonadarlo y exterminarlo, si les fuera posible, de sobre la haz de la tierra, el Padre Eterno, por un exceso de su misericordia, ha hecho que sirviera su malicia para hacer más útil todavía este oro precioso del cual, por medio de los golpes que le dieron en la Pasión, hicieron una moneda inapreciable, marcada con el sello de la divinidad, a fin de que puedan pagar sus deudas y negociar el gran negocio de su salvación eterna.

Y prosiguiendo esta Reina de bondad, dijo mostrándoles aquel Corazón divino: He ahí ese precioso tesoro que se manifiesta a vosotros particularmente, por el tierno amor que tiene mi Hijo hacia vuestro Instituto, al cual mira y ama como a su querido Benjamín, y por esto le quiere favorecer con esta herencia, aventajándolo sobre todos los demás. Y no solamente deben enriquecerse ellas con este tesoro, sino que han de distribuir también con abundancia y cuanto puedan tan preciosa moneda, procurando enriquecer con ella a todo el mundo, sin temor de que se acabe, porque cuanto más saquen, más encontrarán.

Después, volviéndose hacia el buen Padre La Colombière, le dijo esta Madre de bondad: En cuanto a vos, fiel siervo de mi Divino Hijo, tenéis gran parte en este precioso tesoro; porque, si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de vuestra Compañía demostrar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen de él con el respeto y agradecimiento debidos a tan gran beneficio... Y a medida que le proporcionen este contento, el Divino Corazón, manantial de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio, que producirán frutos que sobrepujen a sus trabajos y esperanzas, aun para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular.

NOTA B

CONGREGACIONES GENERALES

1. Congregación General XXIII, 1883, Decr. 46

Como feliz y próspero remate de los trabajos, se propone a la Congregación un postulado con el fin de acrecentar y promover entre nosotros el culto de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Leído el parecer de los PP. Diputados, levantáronse a una todos los PP. Congregados y aprobaron por unánime aclamación lo siguiente: "Declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con ánimo rebotante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado por el mismo N.S. Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divinísimo Corazón".

Se ha de decretar que la Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús se considere en la Compañía como una de las más solemnes, y que se celebre todos los años con el mayor esplendor posible. También que en este día, el acto de consagración prescrito por nuestro Reverendo Padre General hace pocos años, por el cual toda la Compañía se ha consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús, sea renovado en todas nuestras casas.

Se ha de determinar que el 5 de diciembre del año próximo, en el centenario del día en que fue establecida la

Congregación Prima Primaria de Nuestra Señora, la Compañía, del mismo modo que se ha entregado y consagrado solemnemente al Sagrado Corazón de Jesús, igualmente se entregue y se consagre enteramente al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María al cual la Compañía ha venerado siempre, venera y venerará por siempre como dulcísima Madre.

2. Congregación General XXVI, 1915, Decr. 21

Los Padres de esta Congregación XXVI, recordando aquel decreto solemne en el que la Congregación XXIII declaró reverente que la Compañía de Jesús aceptaba y recibía con ánimo rebotante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado por el mismo N.S. Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divinísimo Corazón, y aleccionados por la experiencia de que para promover este culto es sumamente apto el Apostolado de la Oración, en el comienzo mismo del segundo siglo del Restablecimiento de la Compañía, confirmaron de nuevo esta ardentísima adhesión de la Compañía al Sacratísimo Corazón de Jesús, y quisieron muy de veras que a todos los nuestros, en particular a los Superiores, les fuese recomendado que fomenten cuanto les sea posible y trabajen por dilatar esta piadosa Asociación del Corazón de Jesús.

3. Congregación General XXXI, 1966, Decr. 15

El Concilio Vaticano II ha enfocado con nueva y brillante luz el misterio de la Iglesia. Misterio que no se puede comprender perfectamente a no ser que fijemos nuestra mirada en el amor eterno del Verbo Encarnado. Cristo, que "pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre", fue en efecto el que por su amor humano se inmoló a Sí mismo para de esta forma adquirir para sí a su Esposa la Iglesia

que había de nacer del costado del mismo Cristo muerto en la Cruz.

Como símbolo luminoso de este amor divino y humano se considera en la Iglesia el Corazón herido de Cristo, pues de él manan la sangre y el agua que significan y nos muestran el comienzo y el incremento de la Iglesia y exigen de nosotros una total respuesta de amor. Por consiguiente el culto del Sagrado Corazón, tal como lo entiende la Iglesia, es el culto "del amor, con que Dios nos amó por Jesús, y al mismo tiempo es el ejercicio del amor nuestro por el que nos damos a Dios y a los demás hombres", poniendo así de relieve la relación interpersonal de amor que constituye la vida cristiana y religiosa. De aquí que la devoción al Sagrado Corazón deba ser considerada como una excelente y bien experimentada forma de piedad "hacia Jesucristo, Rey y centro de todos los corazones, que de un modo especialísimo es exigida en estos nuestros tiempos conforme a las enseñanzas del Concilio Vaticano II". La Compañía de Jesús ya en sus miembros, ya en su proyección apostólica ha de preocuparse de esto de un modo especial, no sólo para de esta manera seguir siendo fiel a la tradición de sus antepasados, sino también por recomendación muy reciente del Romano Pontífice.

Por lo tanto, la Congregación General recibe con ánimo fiel este deseo del Sumo Pontífice, recoge los decretos de las Congregaciones Generales anteriores acerca de la devoción al Sagrado Corazón y exhorta a todos sus miembros "a que difundan cada vez más el amor hacia el Corazón de Jesús, y a que con su palabra y con su ejemplo demuestren a todos que de esta devoción deben recibir su mayor aliento e impulso, tanto la esperada renovación de mentalidades y costumbres como la mayor eficacia y vigor de las instituciones eclesiales que pide el Concilio Vaticano II". De esta manera haremos más fácilmente del amor de Cristo que se simboliza en el culto del S. Corazón el centro de nuestra vida espiritual y llevaremos de un modo más eficaz a todos el

evangelio de las insondables riquezas de Cristo y fomentaremos en la vida cristiana la primacía de la caridad.

A nadie se le oculta que la devoción al S. Corazón en nuestros días, al menos en algunas partes del mundo, ejerce sobre los mismos jesuitas y sobre los fieles un poder de atracción menor que antes, debido quizás a las formas externas menos adecuadas con que se la presenta. Por esto se invita encarecidamente a los teólogos, a los peritos en teología espiritual y pastoral, y a los promotores de la devoción al S. C. a que investiguen diligentemente la forma más apta de presentar esta devoción, teniendo en cuenta la diversidad de tiempos y lugares. Pues parece necesario que, conservándose siempre íntegra la esencia de esta devoción, de tal manera se purifique de aquellas modalidades accidentales y se acomode a las exigencias de nuestro tiempo, que se haga cada vez más inteligible a los hombres de nuestros tiempos y más acomodada a su sensibilidad.

La Congregación General recomienda además al M.R.P. General que fomente los susodichos estudios a fin de que él mismo pueda aprovecharse de ellos para mejor proceder a la renovación de toda la Compañía en el espíritu al mismo tiempo religioso y apostólico.

4. Congregación General XXXII, 1975, Decr. 4

26. La secularización toma formas diversas según los grupos, las clases, las edades, las regiones. Por todas partes, sin embargo, constituye para la evangelización un desafío nuevo, inédito.

Por una parte, aparece más claramente que ciertas falsas imágenes de Dios, que consagran y legitiman la permanencia de estructuras injustas, no son tolerables, Más profundamente: cierta clase de imágenes de Dios más ambiguas, puesto que quitan al hombre sus responsabilidades propias, no son aceptables. Esto, lo experimentamos nosotros mismos con nuestros contemporáneos, y nosotros lo padecemos quizá aún más que otros, precisamente porque queremos anunciar a Dios revelado en Jesucristo. Así, para nosotros tanto como para los otros, se hace necesario trabajar en la búsqueda de un nuevo lenguaje, unos nuevos símbolos, que nos permita encontrar mejor y ayudar a los otros a encontrar, más allá de los ídolos destruidos, al Dios verdadero; a Aquel que, en Jesucristo, ha escogido tomar parte en la aventura humana y ligarse irrevocablemente a su destino. La memoria viviente de Jesús, nos llama a esta fidelidad creadora.

57. El ministerio de los Ejercicios Espirituales se evidencia en todo esto de particular importancia. Es un rasgo característico de la pedagogía de los Ejercicios tratar de quitar los obstáculos entre Dios y el hombre, para dejar el espíritu operar él mismo el encuentro. El método ignaciano invita a respetar a cada uno, con su cultura, sus cualidades propias, las tradiciones que le han ayudado a llegar a ser lo que es. Como pedagogía de búsqueda y de discernimiento enseña también a descubrir la voluntad y los caminos de Dios allí donde El interpela a cada uno con su pasado, en el corazón mismo de la vida, en el pueblo que es el suyo.

Decreto 11

43. La Congregación General XXXII confirma y recomienda para la vida espiritual de los jesuitas y para el campo

de su apostolado todo lo contenido en los decretos de la Congregación General XXXI sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción a la Santísima Virgen María, a fin de que esas formas de espiritualidad sean, según la diversidad de lugares, aplicadas provechosamente.

5. C.G. XXXIII, 1983, Decr. 1

14. Nuestra espiritualidad nos ofrece el camino para vivir, en lo cotidiano, como compañeros de Jesús. Tenemos escrito este camino claramente en el libro "Selección de textos de la Constituciones de la Compañía de Jesús y Vida religiosa del jesuita". La Congregación General 33 está convencida de que la lectura y la aplicación de este Sumario ayudarán en gran medida a conseguir la deseada renovación, y a fortalecer la "esperanza que no defrauda", frente a las exigencias de nuestro tiempo.

VIDA RELIGIOSA DEL JESUITA, PARTE II

9. El culto al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción a la Santísima Virgen María, conservan todo su valor y será conveniente que nos valgamos de esas formas de espiritualidad, según la diversidad de lugares.

NOTA C

Pedro Arrupe, S.J.
Conclusión del Discurso y Carta
"ARRAIGADOS Y CIMENTADOS EN LA CARIDAD"
6 de Febrero, 1981.

Termino saludándoos a vosotros, y a los jesuitas que leerán estas páginas, con esta bella fórmula paulina: Paz a los hermanos, y caridad con fe, de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inmarcesible.

El Corazón de Jesús, resumen y símbolo de amor

Al llegar a este punto, cuando se ve que el amor es lo más profundo de la espiritualidad cristiana y, por lo mismo, de la espiritualidad ignaciana, me siento en cierto modo obligado a proponer una última consideración.

Lo dicho hasta ahora se podría resumir en estos puntos:

1. El amor (servicio) a los hermanos, a Cristo, al Padre, constituyen un único e indivisible objeto de nuestra caridad.
2. El amor resuelve las dicotomías y tensiones que pueden presentarse en una espiritualidad ignaciana imperfectamente comprendida. Por ejemplo:

- la tensión entre fe y justicia se resuelve en la caridad. La fe debe estar informada por la caridad, "fides informata caritate"; también debe estarlo la justicia, que se hace así una justicia superior: es la caridad que exige la justicia;

- la tensión entre perfección propia y ajena. Ambas deben ser la perfección de una misma caridad, que siempre tiende a crecer, tanto en sí misma intensamente, como extensamente en el crecimiento y la perfección de los que denominamos nuestros prójimos;

- la tensión entre oración y apostolado activo se resuelve en el "contemplativus in actione", en el buscar a Dios en todas las cosas (contemplación para alcanzar amor);

- la tensión entre los tres votos religiosos desaparece cuando su fundamentación y ejecución vienen a estar inspirados y movidos por la caridad (lo mismo puede decirse del cuarto voto);

- la tensión entre discernimiento y obediencia. La caridad debe estar en el origen y en la finalidad del discernimiento: esta presencia del "agapé" permite discernir la voluntad de Dios (cf Rm 12,2), es una intuición de la caridad (Ef 3,18-19; Col 2,2): la obediencia, por su parte, es expresión de esa misma voluntad de Dios. Tanto el Superior como el súbdito deben estar informados por la caridad, con la intuición propia del amor.

3. El amor es la solución de los problemas apostólicos creados por la iniquidad (anomía) moderna.

4. El amor es lo más profundo y lo que da unidad a toda la obra de Jesucristo.

5. El amor es también lo más profundo de nuestra vida y actividades, ya que entre Jesucristo y nosotros hay un mismo espíritu común (la Persona, que es amor) y que nos hace exclamar como a Cristo: Abba, Padre!

El amor, por tanto, entendido en toda su profundidad y amplitud (caridad y misericordia), es el resumen de toda la vida de Jesucristo, y debe serlo también de toda la vida del jesuita.

Ahora bien, el símbolo natural del amor es el corazón. De ahí que el Corazón de Cristo sea el símbolo natural para representar e inspirar nuestra espiritualidad personal e institucional, llevándonos a la fuente y a los más hondo del amor humano-divino de Jesucristo.

Por eso, al terminar estas páginas, quiero decir a la Compañía algo que juzgo no debo callar.

Desde mi noviciado, siempre he estado convencido de que en la llamada "Devoción al Sagrado Corazón" está encerrada una expresión simbólica de lo más profundo del espíritu ignaciano y una extraordinaria eficacia - *ultra quam speraverint* - tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica. Ese convencimiento lo poseo aún. Podrá haber extrañado a alguno que durante mi generalato haya hablado relativamente poco de este tema. Ha habido en ello una razón que podríamos llamar pastoral. En décadas recientes la expresión misma de "Sagrado Corazón" no ha dejado de suscitar en algunas partes reacciones emocionales y alérgicas, quizá, en parte, como reacción a formas de presentación y terminología ligadas al gusto de épocas pasadas. Por eso me pareció que era aconsejable dejar pasar algún tiempo en la certeza de que esa actitud, más emotiva que racional, se iría serenando.

Abrigaba y sigo abrigando la certeza de que el valor altísimo de una espiritualidad tan profunda, a la que los Sumos Pontífices han calificado de suprema, que se sirve de un símbolo bíblico tan universal y tan humano, y de una palabra, “corazón”, auténtica palabra-fuente (Urwort), no tardaría en abrirse paso de nuevo.

Por este motivo, muy a mi pesar, he hablado y escrito relativamente poco sobre esta materia, aunque de ello he tratado frecuentemente en conversaciones a nivel personal, y en esta devoción tengo una de las fuentes más entrañables de mi vida interior.

Al terminar este ciclo de conferencias sobre el carisma ignaciano, no podía dejar de dar a la Compañía una explicación de este silencio, que espero será comprendido. Y al mismo tiempo, no quería silenciar mi profunda convicción de que todos, en cuanto Compañía de Jesús, tenemos que reflexionar y discernir ante Cristo crucificado acerca de lo que esta devoción ha significado y debe significar, precisamente hoy, para la Compañía. En las circunstancias actuales, el mundo nos ofrece desafíos y oportunidades que sólo con la fuerza de este amor del Corazón de Cristo pueden encontrar plena solución.

Este es el mensaje que quería comunicaros. No se trata de forzar las cosas ni de mandar nada en una materia en que entra por medio el amor. Pero sí digo: pensad en ello, y “discurrid por lo que se ofreciere”. Sería triste que poseyendo en nuestra espiritualidad, incluso institucional, un tesoro tan grande, lo dejásemos de lado por motivos poco aceptables.

Si queréis un consejo, después de 53 años de vida en la Compañía y de casi 16 de generalato, os diría que en esta devoción

al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa; a cada uno toca descubrirla - si no la ha descubierto ya - y profundizarla y aplicarla a su vida personal en el modo como el Señor se la muestre y se lo conceda. Se trata de una gracia extraordinaria que Dios nos ofrece.

La Compañía necesita la “dynamis” encerrada en ese símbolo y en la realidad que nos anuncia: el amor del Corazón de Cristo. Quizá lo que nos falta es un acto de humildad eclesial, para aceptar lo que los Sumos Pontífices, las Congregaciones Generales y los Generales de la Compañía han repetido incesantemente. Y, sin embargo, estoy persuadido de que pocas pruebas podría haber tan claras de la renovación espiritual de la Compañía como una pujante y generalizada devoción al Corazón de Jesús. Nuestro apostolado recibiría nuevo aliento y no tardaríamos en ver los efectos, tanto en nuestra vida personal como en nuestras actividades apostólicas.

No caigamos en la presunción de creernos superiores a una devoción que se expresa en un símbolo o en una representación gráfica de ese símbolo. No nos unamos a los sabios y prudentes de este mundo a quienes el Padre oculta sus misteriosas realidades, mientras se las enseña a quienes son o se hacen pequeños. Tengamos esa sencillez de corazón que es la primera condición para una profunda conversión: Si no cambiáis y os hacéis como niños... Son palabras de Cristo que podríamos traducir así: "Si queréis como personas y como Compañía entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, hacedos como los pobres a quienes deseáis servir. Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros: aprended de ellos esta lección tan sencilla, reconoced mi amor en mi Corazón".

NOTA D

***Carta del P. Kolvenbach
a toda la Compañía.***

Queridos Hermanos en Cristo, P.C.

El Santo Padre Juan Pablo II ha visitado hoy amablemente la capilla del Beato Claudio La Colombière. Con ocasión de esta visita me ha entregado una carta para toda la Compañía que tengo el gusto de comunicaros. La carta subraya cómo "el deseo de conocer al Señor íntimamente y hablar con él de corazón a corazón es, gracias a los Ejercicios espirituales, característico del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios".

He aprovechado esta ocasión de la visita del Santo Padre a Paray-le-Monial para expresarle la gratitud de la Compañía por el constante interés que ha venido demostrando, de muchas maneras y en circunstancias muy diferentes, en nuestra renovación espiritual y apostólica.

Sigamos rogando por nosotros mismos y unos por otros por un amor personal a Cristo cada vez más profundo.

Fraternamente vuestro en Cristo,

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Prepósito General

Paray-le-Monial, 5 de octubre 1986

***Carta del Santo Padre
al P. General Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Prepósito General de la Compañía de Jesús.***

En el curso de mi peregrinación a Paray-le-Monial, he querido venir a orar en la capilla donde se venera la tumba del Beato Claudio La Colombière, el "siervo fiel" que en su providencial amor dio el Señor como director espiritual a Santa Margarita María de Alacoque. Así fue cómo llegó a ser el primero en difundir su mensaje. En unos pocos años de vida religiosa e intenso ministerio pastoral, demostró ser "hijo ejemplar" de la Compañía de Jesús, Compañía a la que - según el testimonio de la misma Santa Margarita María -Cristo confió el encargo de extender el culto de su divino Corazón.

Conozco la generosidad con que la Compañía de Jesús ha acogido esta admirable misión y el ardor con que ha procurado realizarla lo mejor posible en el curso de estos tres últimos siglos. Deseo, con todo, en esta solemne ocasión, exhortar a todos sus miembros a promover con más celo todavía esta devoción, que responde más que nunca a las expectativas de nuestro tiempo.

Efectivamente, el Señor quiso en su providencia que en los umbrales de la edad moderna, en el siglo XVII, partiese un poderoso impulso desde Paray-le-Monial en favor de la devoción al Corazón de Cristo bajo las formas señaladas en las revelaciones recibidas por Santa Margarita María. Pero los elementos esenciales de esta devoción pertenecen de manera permanente a la espiritualidad de la Iglesia a lo largo de su historia. Desde sus mismos comienzos ha dirigido la Iglesia su mirada al Corazón de Jesús traspasado en la cruz y del cual brotaron la sangre y el agua que son símbolos de los sacramentos que constituyen la Iglesia; en

el Corazón del Verbo Encarnado han visto los Padres del Oriente y Occidente cristianos el comienzo de toda la obra de nuestra salvación, fruto del amor divino Redentor, que el Corazón traspasado simboliza tan expresivamente.

El deseo de "conocer íntimamente al Señor" y de "hablar en coloquio" con él, de corazón a corazón, es, gracias a los Ejercicios Espirituales, característico del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios.

El Concilio Vaticano II, al recordarnos que Cristo, Verbo Encarnado, nos "amó con corazón de hombre", nos asegura que "su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano", y que nada fuera de él "puede llenar el corazón del hombre" (cf. GAUDIUM ET SPES, nn. 22 y 21). En el Corazón de Cristo aprende el corazón del hombre a conocer el verdadero y único sentido de su vida y su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a guardarse de ciertas perversiones del corazón, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo. De esta forma - y esta es la verdadera reparación que pide el Corazón del Salvador - sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia podrá ser construida la civilización del amor tan deseada, el reino del Corazón de Cristo.

Por estas razones deseo vivamente que sigáis difundiendo con perseverante acción el verdadero culto del Corazón de Cristo y que estéis siempre dispuestos a ayudar eficazmente a mis hermanos en el episcopado en la promoción de este culto, cuidando de encontrar los medios más aptos para presentarlo y practicarlo, para que el hombre de hoy, con su mentalidad y sensibilidad propias, descubra en él la verdadera respuesta a sus interrogantes y expectativas.

Justamente como el año pasado, con ocasión del congreso

del Apostolado de la Oración, os confié particularmente esta Obra estrechamente ligada a la devoción al Sagrado Corazón, lo mismo hoy, durante mi peregrinación a Paray-le-Monial, os pido que os esforcéis todo lo posible para cumplir siempre mejor la misión que Cristo mismo os confió, a saber, la difusión del culto a su divino Corazón.

Son bien conocidos los abundantes frutos espirituales producidos por la devoción al Corazón de Jesús. Expresándose sobre todo en la práctica de la hora santa, la confesión y la comunión de los primeros viernes de mes, ha servido para estimular tantas generaciones de cristianos a orar más y a recibir con más frecuencia los sacramentos de la penitencia y la eucaristía. He ahí unos caminos que sigue siendo deseable proponer a los fieles, aún en el día de hoy.

Que la maternal protección de la Virgen María os ayude: fue precisamente en la fiesta de la Visitación cuando os fue confiada esta misión en 1688; y que la Bendición Apostólica, que de todo corazón doy a toda la Compañía de Jesús, os sostenga y aliente en vuestra labor apostólica.

Juan Pablo II

Paray-le-Monial, 5 de octubre, 1986.

NOTA E

*Carta del P. Paolo Dezza, S.J.
Enero 26 de 1987*

*El III Centenario de la muerte
del Beato Claudio La Colombière*

A TODOS LOS SUPERIORES MAYORES

Reverendo en Cristo Padre,
Pax Christi,

Al cumplirse el próximo 15 de febrero el III Centenario de la muerte del Beato Claudio La Colombière me ha parecido obligado invitar a toda la Compañía a que recuerde a este nuestro hermano ejemplar y celoso apóstol de la devoción al Corazón de Jesús.

Porque el Beato Claudio La Colombière sigue siendo uno de los más luminosos y amables ejemplos de fidelidad al carisma de la vocación a la Compañía. El, que había entrado en la Compañía "con una horrible aversión"¹, escribiría años después desde Londres, en 1678, que en la obediencia religiosa había encontrado "toda la felicidad de su vida"². Su característico voto de fidelidad a

¹ Carta 70. Cf Oeuvres complètes du Ven. Claude La Colombière, Grenoble, 1990-1902. Edic. Pierre Charrier.

² Carta 105.

las Constituciones y Reglas de la Compañía, pronunciado cuando tenía 33 años, fue visto por él como un "entrar en el reino de la libertad y de la paz"¹. Luego, como todos saben, no le faltaría a nuestro Beato ni siquiera la aureola de confesor de la fe, y sabemos que figura en la historia de la espiritualidad cristiana como el apóstol de la más ilimitada confianza en Dios. Director espiritual de Santa Margarita María Alacoque, estaba persuadido de haber recibido del Señor la misión de hacer todo lo posible por establecer la devoción al Corazón de Jesús, y a ello se dedicó con fervoroso afán.

La espiritualidad de la Compañía, ordenada providencialmente a profundizar en el amor del Señor, tal como se representa en el misterio del Corazón de Cristo, había ya suscitado, desde los tiempos de San Ignacio, insignes apóstoles jesuitas de este culto, con lo que la acción del Beato Claudio, enderezada a promover el culto al Corazón de Jesús, contribuyó a marcar de una manera característica la historia de la Compañía.

En tiempos todavía recientes, Pablo VI, en su homilía del 16 de noviembre de 1966, pedía a los Padres de la Congregación General 31: "El culto que vosotros divulgáis hacia el Sagrado Corazón ¿no será aun hoy para vosotros instrumento eficazísimo para contribuir a esa renovación espiritual y moral del mundo que ha pedido el Concilio Vaticano II y para cumplir fructuosamente la misión que se os ha confiado de contrarrestar el ateísmo?"².

A esta pregunta la Congregación respondería con el decreto 15, que dice: "... la Congregación General recibe con ánimo fiel este deseo del Sumo Pontífice, recoge los decretos de las Congregaciones Generales anteriores acerca de la devoción al

¹ Retiro espiritual de 1674, II, B, 6-13.

² AR XIV, 1005.

Sagrado Corazón y exhorta a todos sus miembros “a que difundan cada vez más el amor hacia el Corazón de Jesús, y a que con su palabra y con su ejemplo demuestren a todos que de esta devoción deben recibir su mayor aliento e impulso, tanto la esperada renovación de mentalidades y costumbres como la mayor eficacia y vigor de las instituciones eclesiales que pide el Concilio Vaticano II”. De esta manera haremos más fácilmente del amor de Cristo, que se simboliza en el culto del S. Corazón, el centro de nuestra vida espiritual y llevaremos de un modo más eficaz a todos el Evangelio de las insondables riquezas de Cristo y fomentaremos en la vida cristiana la primacía de la caridad”¹. Oportunamente el decreto terminaba recomendando presentar esta devoción “de tal manera que... se haga cada vez más inteligible a los hombres de nuestros tiempos y más acomodada a su sensibilidad”.

También la Congregación General 32, en las Normas prácticas del decreto 11, ha confirmado y recomendado esta devoción². Y no son para olvidar las palabras pronunciadas por el Padre General en 1981, cuando, parafraseando palabras de Jesús (Mt 18,3), afirmaba: “Si queréis como personas y como Compañía entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, hacedos como los pobres a quienes deseáis servir. Tántas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros: aprended de ellos esta lección tan sencilla: reconoced mi amor en mi Corazón”³.

¹ AR XIV, 897.

² AR XVI, 405. Cf Norma 9 de “La vida religiosa en la Compañía de Jesús”.

³ Radicados y fundados en la caridad, AR XVIII, 471.

Una exhortación todavía más autorizada nos viene del Papa actual en su Encíclica DIVES IN MISERICORDIA. Subrayando en ella la urgencia e importancia decisiva para la Iglesia de hoy de anunciar y vivir la Misericordia de Dios, ha presentado "el acercarnos a Cristo en el misterio de su Corazón" como el medio más conducente, en el plano de la Iglesia, para profesar y venerar la Misericordia de Dios¹.

Confiado en que el recuerdo del Beato Claudio ayude a reavivar en todos nosotros esta devoción, tan propia de la Compañía, termino esta carta comunicándoos con cuánta satisfacción estoy ya constatando, por las noticias que me llegan, que en varias Provincias se han puesto en marcha algunas iniciativas para celebrar este Centenario, haciendo explícito y vivo el deseo de que nuestro Beato llegue pronto a verse en el Catálogo de los Santos. Será cuidado particularmente propio del Apostolado de la Oración el favorecer esta Causa, promoviendo para ello el conocimiento y la devoción hacia nuestro Beato. Por mi parte invito a todos a implorar al Beato La Colombière en esta fausta circunstancia para que obtenga del Corazón de Jesús abundantes gracias para nuestra Compañía en un momento delicado de su historia, y en particular para que bendiga el próximo encuentro de los Provinciales, que se tendrá a los pocos días de esta conmemoración centenaria.

En unión de oraciones

afmo. en Cristo,
Paolo Dezza, S.J.
Del. Pont.

Roma, 26 enero, 1987

¹ DIVES IN MISERICORDIA, 13: AAS 72(1980) 1219.

NOTA F

Claudio La Colombière
2º Retiro espiritual,
Londres, 1677

1. OFRECIMIENTO O CONSAGRACION AL CORAZON SAGRADO DE JESUCRISTO

Este ofrecimiento se hace para honrar a este divino Corazón, asiento de todas las virtudes, fuente de todas las bendiciones y retiro de todas las almas santas.

Las principales virtudes que pretendemos honrar en El, son las siguientes:

Primero: Un ardentísimo amor a Dios, su Padre, junto con un profundo respeto y la mayor humildad que existió jamás.

Segundo: Una paciencia infinita en los males, un sufrimiento y un dolor extremo por los pecados de que se había cargado; la confianza de un hijo tiernísimo unida a la confusión de un grandísimo pecador.

Tercero: Una compasión muy sensible por nuestras miserias, un amor inmenso a pesar de estas mismas miserias; y no obstante todos estos sentimientos, cada uno de los cuales llegó al más alto grado posible, una igualdad de ánimo inalterable causada por una conformidad tan perfecta con la voluntad de Dios, que no se podía turbar por ningún suceso, por contrario que pareciese a su celo, a su humildad, a su mismo amor y a todas las otras disposiciones en que se hallaba.

Este Corazón se encuentra aún, en cuanto es posible, en los mismos sentimientos y, sobre todo, siempre abrasado de amor para con los hombres; siempre abierto para derramar sobre ellos toda clase de gracias y bendiciones; siempre sensible a nuestros males; siempre apremiado del deseo de hacernos partícipes de sus tesoros y de dársenos a sí mismo; siempre dispuesto a recibirnos y a servirnos de asilo, de mansión, de paraíso, ya en esta vida.

A cambio de todo esto no encuentra en el corazón de los hombres más que dureza, olvido, desprecio, ingratitud. Ama y no es amado y ni siquiera es conocido su amor; porque no se dignan los hombres recibir los dones por los que quiere atestiguarlo, ni escuchar las amables e íntimas manifestaciones que quiere hacer a nuestro corazón.

En reparación de tantos ultrajes y de tan crueles ingratitudes, oh adorable y amable Corazón de Jesús, y para evitar en cuanto de mí dependa el caer en semejante desgracia, yo os ofrezco mi corazón con todos los sentimientos de que es capaz; yo me entrego enteramente a Vos. Y desde este momento protesto sinceramente que deseo olvidarme de mí mismo, y de todo lo que pueda tener relación conmigo para remover el obstáculo que pudiera impedirme la entrada en ese divino Corazón, que tenéis la bondad de abrirme y donde deseo entrar para vivir y morir en él con vuestros más fieles servidores, penetrado enteramente y abrasado de vuestro amor.

Ofrezco a este Corazón todo el mérito, toda la satisfacción de todas las misas, de todas las oraciones, de todos los actos de mortificación, de todas las prácticas religiosas, de todos los actos de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que practicare hasta el último instante de mi vida.

No sólo entrego todo esto para honrar al Corazón de Jesús

y sus admirables virtudes sino que también le pido humildemente que acepte la completa donación que le hago, y disponga de ella de la manera que más le agrade y en favor de quien le plazca. Y como ya tengo cedido a las santas almas que están en el Purgatorio todo lo que haya en mis acciones, capaz de satisfacer a la divina justicia, deseo que esto les sea distribuido según el beneplácito del Corazón de Jesús.

Esto no impedirá que yo cumpla con las obligaciones que tengo de celebrar misa y orar por ciertas intenciones prescritas por la obediencia; ni que ofrezca por caridad misas a personas pobres o a mis hermanos y amigos que podrían pedírmelas. Pero como entonces me he de servir de un bien que ya no me pertenecerá, quiero, como es justo, que la obediencia, la caridad y las demás virtudes que en estas ocasiones practicare sean todas del Corazón de Jesús, del cual habré tomado con qué ejercitar estas virtudes, las cuales, por consiguiente, le pertenecerán a El sin reserva.

¡Sagrado Corazón de Jesús! Enseñadme el perfecto olvido de mí mismo, puesto que este es el único camino por el cual se puede entrar en Vos. Puesto que todo lo que yo haga en lo sucesivo será vuestro, haced de manera que no haga yo nada que no sea digno de Vos. Enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor, cuyo deseo me habéis inspirado. Siento en mí una grande voluntad de agradaros y una impotencia aún mayor de lograrlo, sin una luz y socorro muy particulares que no puedo esperar sino de Vos.

Haced en mí vuestra voluntad, Señor. Me opongo a ella, lo siento, pero de veras querría no oponerme. A Vos os toca hacerlo todo, divino Corazón de Jesucristo; Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo. Esto me parece más claro que el día; pero será para Vos una grande gloria, y solamente por esto quiero desear la perfección. Así sea.

2. REFLEXIONES

SOBRE LA HERMANA MARGARITA MARIA

Habiéndose, pues, Dios descubierto a la persona que hay motivo para creer que es persona según su Corazón, por las grandes gracias que le ha hecho, ella se me manifestó a mí y yo la obligué a poner por escrito lo que me había dicho. Y esto es lo que, con mucho gusto, he querido copiar de mi mano en el Diario de mis Retiros, porque quiere el buen Dios valerse de mis débiles servicios en la ejecución de ese designio.

"Estando, dice esta santa alma, delante del Santísimo Sacramento un día de su octava, recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor. Movida del deseo de corresponderle de algún modo y devolverle amor por amor, me dijo: "No me puedes dar mayor prueba de amor que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido", y descubriéndome su divino Corazón: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y en reconocimiento no recibo de la mayor parte más que ingratitudes por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades que tienen para Mí en este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que se dedique el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta particular para honrar mi Corazón, reparando su honor por medio de un acto público de desagravios, y comulgando esa día, para reparar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto sobre los altares. Y yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le rindan este honor."

- “Pero, Señor mío, ¿a quién os dirigís? ¿A una criatura tan frágil y pobre pecadora, que su misma indignidad sería capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios? Vos que tenéis tantas almas generosas para ejecutar vuestros planes”.

- “Pues qué ¿no sabes tú, pobre inocente, que yo me sirvo de los sujetos más débiles para confundir a los fuertes; y que de ordinario, sobre los más pequeños y pobres de espíritu es sobre quienes hago brillar con más esplendor mi poder, a fin de que nada se atribuyan a sí mismos?”

- “Dadme, pues”, le dije, “el medio para hacer lo que me mandáis”.

- Entonces me añadió: “Dirígete a mi siervo (el P. La Colombière) y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar este gusto a mi divino Corazón; que no se desanime por las dificultades que para ello encontrará, y que no le han de faltar. Pero debe saber que es todopoderoso aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en Mí”¹.

¹ Escritos Espirituales del Bto. Claudio La Colombière, Juan M. Igartua, S.J., pp. 161-162.

NOTA G

Experiencias de Oración de algunos de los Primeros Jesuitas

1. SAN PEDRO CANISIO (Pieter De Hondt)

Nacido en Nimega, Holanda, en 1521, Canisio estudió en Colonia y entró en la Compañía a la edad de 22 años, después de hacer los Ejercicios con el Beato Pedro Fabro en 1543. Ordenado en 1546, hizo su profesión y últimos votos recibidos por S. Ignacio en Roma en 1549. Fue enviado al Concilio de Trento en calidad de teólogo consejero.

Nombrado Provincial de Alemania Septentrional en 1556, escribió muchos libros, la mayor parte para responder a las necesidades del momento. Viajó continuamente por Alemania, Austria, Bohemia, Suiza e Italia como predicador, fundador de colegios, consejero de obispos y animador de jesuitas. A lo largo de su activa existencia prestó sus servicios a cinco Padres Generales. Instado por los fieles de Friburgo (Suiza), pasó en esta ciudad los últimos diecisiete años de su vida ayudándoles a resistir la presión constante y el proselitismo de los calvinistas de Ginebra y Basilea. Murió allí en 1597. Fue canonizado y declarado doctor de la Iglesia en 1925.

La segunda lectura del Oficio divino para la fiesta de S. Pedro Canisio recoge su propia narración sobre la experiencia mística que tuvo el 4 de septiembre de 1548 en la Basílica de S. Pedro, adonde había ido para recibir la bendición apostólica, antes de dirigirse a Alemania:

"Tuviste a bien, Pontífice eterno, que el efecto y confirmación de aquella bendición apostólica lo encomendase solícitamente a tus Apóstoles del Vaticano, que tantas maravillas operan bajo tu dirección. Allí sentí un gran consuelo y la presencia de tu gracia que me venía por medio de tales intercesores. Pues me bendecían y confirmaban mi misión a Alemania y me parecían prometer su favor como apóstol de Alemania. Ya sabes, Señor, cómo y cuántas veces pusiste aquel día Alemania en mis manos, esa Alemania que había de ser mi preocupación constante y por la cual deseaba vivir y morir.

Tú, Señor, me ordenaste finalmente, beber del caudal que manaba de tu santísimo corazón, invitándome a sacar las aguas de mi salvación de tu fuente, Salvador mío. Lo que yo más deseaba es que de ahí derivaran torrentes de fe, esperanza y caridad, en mi persona. Tenía sed de pobreza, castidad y obediencia, y te pedía que me purificaras y vistieras por completo. Por eso, tras haberme atrevido a acercarme a tu dulcísimo corazón, calmando en él mi sed, me prometiste un vestido de tres piezas con que cubrir mi alma desnuda y realizar con éxito mi misión: las piezas eran la paz, el amor y la perseverancia. Revestido con este ornamento saludable, confiaba en que nada habría de faltarme, sino que todo acontecería para tu gloria".

2. SAN FRANCISCO DE BORJA

Nació en el palacio de Borja en Valencia, España, en 1510. A los 17 años entró en la corte de Carlos V en Valladolid. En 1529 tomó por esposa a Leonor de Castro, dama de corte de la Emperatriz. Durante los diez años siguientes el matrimonio se

ocupó de los asuntos domésticos de la Casa real. En 1539 el Emperador le hizo Virrey de Cataluña y cuatro años después de la muerte de su padre lo nombró Duque de Gandía. Cuando en 1546 murió su esposa, Francisco hizo los Ejercicios aconsejado por Pedro Fabro y se decidió a ser jesuita. Ignacio le aconsejó no hacer pública su decisión, iniciar el estudio de la teología y proveer a la situación de sus ocho hijos.

Dos años después Francisco hizo en privado los votos de jesuita. Después de otros dos años, en 1551, con la aprobación de Carlos V, abdicó de su cargo y fue ordenado sacerdote. Empleó su primer año de sacerdote en el trabajo pastoral al norte de España llevando luego a cabo una serie de misiones diplomáticas que le encargó S. Ignacio. En 1553 Ignacio lo nombró Comisario General para España, Portugal y las Indias orientales y occidentales. Desempeñó este cargo durante ocho años, como constructor de colegios, fundador de noviciados, mediador en los problemas, y ganando muchos amigos para la Compañía.

En 1561 Francisco fue a Roma para ser Vicario General de la Compañía y en 1565, a la muerte del P. Laínez, fue elegido tercer General de los jesuitas. Durante los siete años de su generalato fueron fundados unos treinta nuevos colegios y las actividades de la Compañía aumentaron por el mundo. Nuevas misiones fueron establecidas en Florida, Perú, México y Creta. Murió en Roma en 1572. Fue beatificado en 1624 y canonizado en 1671.

Sus escritos son abundantes y reflejan su profunda espiritualidad e interés por la vida interior de los jesuitas. Sus esquemas de meditación son considerados como demasiado severos para uso común en la formación de los jesuitas; sin embargo son originales en su contexto temporal ya que, al seguir estrictamente

el calendario litúrgico, subrayan las enseñanzas sencillas del evangelio y reflejan fielmente el método de contemplación ignaciana usado en los Ejercicios.

En el Diario espiritual que escribió hasta 1568, recoge en breves sentencias, a veces dispersas pero siempre espontáneas, lo esencial de su profunda experiencia. He aquí algunos ejemplos:

"Pediré en la Misa al Padre potencia, para aniquilar todo lo malo del alma; al Hijo, luz para quitar las tinieblas; al Espíritu Santo, fuego para quemar... Considera sobre que tengo padre, pastor, medicina" (838).

"Yo te mataré de amor. Oh Señor! Matéos por desamor, y matáis de amor para dar la vida" (797).

"Pase de mí este cáliz del gobierno... O me lleve, o quite la cruz del oficio; o me dé su gracia para llevarla a su beneplácito" (781.806).

"En todas las horas se ofrece el Corazón de Cristo y lo que sintió en él, para hacerme sentir su pasión, su amor y el hacimiento de su santa voluntad" (792).

"En la misa se pidió, cuando se toca la Hostia para levantar al Señor, el dolor que sintió cuando le levantaron en la cruz" (732).

"Pedir el morir por Cristo... No querer sino morir y gozarse en todo lo que es cruz y tormento deste corazón, que fue rebelde a su Dios" (774).

"No abrió luego el costado, por padecer más. Así hemos de hacer, de manera que más padezcamos. Item, abrir después de muerto, para mostrar que después de su muerte se había de dar el

amor de su corazón, y para mostrar en nosotros espiritualmente que no se da el amor hasta que sea muerto el viejo hombre que vive según la carne" (844).

"Se consideró y pidió el negar la voluntad para castigar al corazón que se levantó contra su Dios; item el gustar de como en ello muestra el Señor sus atributos de sapiencia, justicia, bondad, y lo que hace con el corazón y lo que le hace hacer para que merezca vivir en su corazón" (787).

(Los números entre paréntesis al final de cada cita corresponden a los números de la página del volumen V de Monumenta Historica Societatis Iesu).

3. BEATO PEDRO FABRO

Pedro Fabro nació en la aldea alpina de Villaret en 1506 y cuidó las ovejas de su padre hasta que un tío suyo cartujo, que descubrió su piedad y talento, patrocinó su educación primero en La Roche y más tarde en París. Tenía diecinueve años cuando llegó a París. Allí tuvo como compañero de habitación a Francisco Javier y fue preceptor de Ignacio de Loyola, siendo el primero de los compañeros que se sintió atraído por la idea de llevar a cabo una misión en Tierra Santa. Fue también el primero del grupo en ser ordenado sacerdote, en 1534, después de haber hecho los Ejercicios. Este mismo año, en la fiesta de la Asunción, Pedro celebró la Misa en la capilla de los mártires de Montmartre y con él Ignacio y sus cinco primeros compañeros hicieron sus votos de pobreza, castidad y de ir a Tierra Santa o, si ello no fuese posible, a cualquier otra misión que el Papa quisiera encargarles.

En realidad la misión de Tierra Santa no fue posible y por

ello el grupo se puso a disposición del Papa en 1537. Impresionado por sus talentos e inteligencia, Paulo III dispuso que trabajaran en Roma, nombrando a Fabro profesor de Escritura en la Universidad "La Sapienza".

Después de pasar dos años en Roma y uno en Parma promoviendo la renovación espiritual popular, Fabro empleó el resto de su corta vida "en la brecha", sirviendo las necesidades espirituales de la Europa de su tiempo: en Italia central y septentrional, Alemania, Bélgica, Holanda, España y Portugal. De Portugal fue llamado por el Papa en 1546 para acompañar a Laínez y Salmerón en el Concilio de Trento; llegó a Roma enfermo y exhausto. Murió dos semanas más tarde a solo cuarenta años de edad. Fue beatificado en 1872.

Durante los últimos cuatro años de su vida Fabro escribió un Memorial espiritual de las gracias recibidas cada día. La oración a la que se refiere el P. Kolvenbach en su conferencia es de septiembre de 1542 (nn. 121-122 del Memorial):

"Haciendo estas consideraciones acerca de la sangre del Cordero inmaculado, Cristo Jesús, sentí la gran fuerza de la misma cristiana mansedumbre que Cristo de palabra y con sus obras perfectas nos enseñó; porque no hay vía más eficaz contra la crueldad, contra la ira y contra todo aquello que es opuesto a la caridad, como el ser manso, sin resistir a ningún golpe, sino al contrario recibéndolos todos con benignidad y mansedumbre de alma, permitir al que nos hiere que haga cuanto quiera. Pues de otro modo nunca, y de éste al fin llegará a quebrarse y ablandarse el corazón, viendo tu paciencia y tu entrañable bondad. ¡Oh, duro de mí y excesivamente cruel y tardo en creer y oír a Jesucristo, mi Señor, que tantas veces en vano derramó por mí el agua de sus lágrimas y tantas veces su sangre! ¡Oh, alma mía miserable y demasiado cruel! Porque en cuanto tuviste inteligencia de ellas no te ablandaron aquellas lágrimas, que en cuanto entró en

el mundo y comenzó a sentir esta mortal vida, al punto derramó Cristo por ti. Pues por ti salió del Padre celestial para este mundo, y comenzó con lágrimas a dar muestras de sentir las miserias y males de esta vida; y tú viendo esto no te conmoviste, sino que aguardaste a que derramara sangre; y he aquí que, niño de ocho días, al ser circuncidado, derramó lágrimas y con ellas sangre, y tú ni así te ablandaste. ¿Por qué esto? Por ventura porque era todavía niño y no te mostraba allí más que el dolor de su carne y de su cuerpo, y por eso esperaste a que te diera tu Dios señales de sentimiento interno. Mira, pues, sus lágrimas. Para ti, y por ti, y sobre ti se derramó aquel agua; ¿por qué, pues, no te mueves? ¿Qué esperas? Espero, dirás, y he esperado mayores movimientos de mi Dios para moverme yo mismo mejor y sentir más. ¡Oh, digna de compasión y de llanto que tan miserablemente dura eres! Ve, pues, y advierte las lágrimas que vierte el Señor por la futura destrucción y la ingratitud suma de Jesuralén; y las que en la cruz, al exhalar su espíritu derramó. O, si esto no es bastante, y deseas más el derramamiento de sangre que el de lágrimas del Señor, mira el sudor de sangre, en que las dos cosas estaban juntas y mezcladas; ve, además, la sangre que de todas las extremidades de su cuerpo corre por causa de las ataduras, de los golpes, de los azotes y de la coronación; y esto todo por ti y como si fueras tú el único de los hombres. Y si aun estas demostraciones no te mueven, llega hasta las venas y considera como en la cruz quedaron por ti completamente vacías de la más pura sangre del Cordero inmolado, y si aun todo esto no basta, toma la sangre purísima por una parte, y por otra el agua que manó del costado del Señor y con Longino sana tu alma; y no quieras aguardar a que te dé señales mayores la divina bondad, haciendo padecer a la misma humanidad, porque después de todo esto, Cristo resucitado de los muertos ya no vuelve a padecer".

4. SAN ALFONSO RODRIGUEZ

Alfonso Rodríguez nació en 1533 y vivió los primeros 38 años de su vida en Segovia (España) en la sierra situada al noroeste de Madrid. A los catorce años heredó el próspero comercio de telas de su padre. Su matrimonio con María Suárez duró solamente seis o siete años; tanto ella como dos de sus tres hijos murieron en el corto espacio de pocos meses. Los negocios fracasaron y cuando el único hijo que le quedaba murió también, su único consuelo y seguridad lo encontró en la fe.

Alfonso se describe a sí mismo como negligente en las cosas de Dios durante el período que precede a sus tragedias familiares, que tuvieron para él la virtud de convertirlo al Señor. Aprendió lentamente a sufrir con amor logrando apartarse de la desesperación, en el servicio a los demás y en una actitud vital de oración.

Cuando decidió pedir la admisión en la Compañía su primer pensamiento fue ser sacerdote. Sin embargo su petición fue rechazada por causa de su edad (38 años) y de su escasa salud. Las mismas razones hubieron servido para rechazar su ingreso como Hermano jesuita de no haber prevalecido la intuición del Padre Provincial. Alfonso entró en el noviciado de Valencia en 1571. Este mismo año fue enviado al colegio jesuita de Palma de Mallorca donde terminó su noviciado y permaneció hasta el día de su muerte, cuarenta y seis años después en 1617.

En los primeros años de Palma sus oficios fueron muy variados. Fue en 1579 cuando le asignaron el cargo de portero, que llevó a cabo durante quince años. Cuando a la edad de 61 años le hicieron descender en su cargo pasando a ser "portero segundo", se encargó de los oficios más variados del colegio durante otros veintitrés años.

Sin darlo a entender, las experiencias místicas fueron

frecuentes en su vida de oración. Además de recogerlas en una autobiografía espiritual clara y precisa, escribió otros trece libros sobre Dios, la oración y la práctica de las virtudes. La percepción intuitiva a la que se refiere en su conferencia el P. Kolvenbach aparece en el primer capítulo de su Autobiografía:

"Más le aconteció a esta persona un día estando sirviendo a Misa, estando él harto descuidado de esto, que se le apareció Cristo Nuestro Señor en pie encima del altar al lado del Evangelio, al modo que andaba en el mundo con los hombres, vestido con ropa larga: el rostro tenía de linda proporción, el color del rostro era algo moreno que tiraba algo a leonado, como de color de avellana, en el cual rostro se veía una grande divinidad: la modestia de sus ojos y serenidad de su rostro era admirable y divina, que parece que se la quiso enseñar a obrar a esta persona, para que la aprendiese de él; y esto fue, porque en la modestia de sus ojos le manifestó a esta persona grandes tesoros de sí mismo espiritualmente e interiores, en el breve espacio que duró, que como en un espejo se veían en él. Y es de tanta virtud y fuerza esta presencia y vista de Cristo que vio esta persona, que todas las veces que le trae en la memoria, sensiblemente siente que se le pega modestia y devoción, y que se muda, como sale uno mudado en otro hombre cuando sale de una devota oración, así en la composición interior como en la exterior: que parece que la arroja este Señor a su corazón como una centella viva que le hiere el alma, y la compone y muda en otro mejor así en lo interior como en lo exterior, con lo cual se halla con modestia vergonzosa; y esto con haber más de doce años que le aconteció, siempre le es fresco y obra lo mismo; parece que es como si no pudiese olvidarse de ello, aunque siempre vive en estas cosas con temor y recelo por el peligro y engaño que puede haber.

Entre otros modos de orar (siendo llevado por Dios, porque por sí él no lo supiera, ni aún cayera en la cuenta del camino por donde Dios le quería llevar), el uno era que después que en el paso

del misterio se había ejercitado con discursos para sentirle bien, era tan encendido en el amor de Cristo, que cesaban los discursos, y se quedaba gozando de lo que allí Cristo Nuestro Señor le comunicaba. Esta se llama contemplación y era de esta manera, que cebada el alma en este Señor, contemplando lo que padecía por ella, herida de amor, el Señor la metía dentro de su Corazón, a donde la comunicaba grandes cosas de su misión y de sus muchos y grandes trabajos que por ella pasaba.

Pues ¿quién sabrá decir ni declarar lo que le comunicaba de sus virtudes y cosas espirituales, dándola a sentir en sí mismo en el alma y en el cuerpo sus trabajos? De manera que desde los pies hasta la cabeza se sentía esta persona estar crucificada con Cristo, comunicándola allí parte de sus trabajos, y sintiéndolos ella en sí misma, adonde se hallaba que él la abrasaba en su amor; adonde está el alma en grande unión con Cristo, y transformada y transfigurada en Cristo, por la grandeza del amor que pasa entre los dos, del uno con el otro, y por la participación que allí la comunica de sus dolores y trabajos.

Item más: así como en el modo de orar esta persona era llevada por Cristo dentro de sí, y allí se le comunicaba tanto estando los dos a solas, en espíritu puro mental en gran silencio de los dos; en lo que se sigue también se le comunicaba en gran manera, y es que mirando a este Señor enclavado en la cruz, herida de amor de este Señor, con la grandeza del amor, como la piedra imán que trae a sí el hierro, su ánima traía el Señor a sí metiéndola dentro de sus entrañas y corazón: en la cual asistencia y presencia él le comunicaba de lo que él es y de lo que tiene, como es amor, trabajos y virtudes, y dándola a que sienta en sí sus grandes trabajos, y estando él en ella comunicándosele tanto, que venía a estar como transformada en él y como endiosada: la cual visita y presencia de este Señor en él, la sentía en gran manera sensiblemente, y esta transformación y presencia de Cristo Nuestro Señor sensiblemente le solía durar días arreo particularmente

cuando recibía el Santísimo Sacramento del altar.

Por esta comparación del fuego se entenderán estas dos humildes transformaciones del alma en Dios: porque se ha Dios con el alma devota como el fuego con el hierro; y es que como está el hierro en el fuego, se le comunica el fuego; y viene a comunicársele tanto, si el fuego es grande, que el hierro viene a estar hecho un fuego, y así el hierro es fuego y hierro; y fuego, por comunicación, no por naturaleza. De la misma manera cuando el Señor mete el alma dentro de su Corazón, que todo es fuego de amor, viénela a abrasar en su amor; y con el amor tan grande que la comunica, viene a estar, por comunicación de Cristo y su gracia, endiosada y unida y transformada en él, ahora sea cuando el Señor se la mete dentro de sí, ahora sea cuando el alma por la grandeza del amor que le tiene se le mete dentro de sus entrañas y corazón, de lo cual el alma saca gran fruto. Y ha venido a ser esta presencia de Cristo Nuestro Señor en ella tan grande, que de que andaba por las calles iba tan absorta en Cristo crucificado, que no veía las gentes sino como a manera de sombras. Y esta unión y presencia de Cristo crucificado tan perfecta, experimentó a cabo de ocho ó diez años que estuvo en Mallorca.

NOTA H

LOS PRIMEROS PROMOTORES JESUITAS

François Froment, S.J. (1649-1702) vivió en Paray desde 1688 a 1695, como Prefecto del colegio jesuita y confesor en la iglesia. La Hermana Margarita María lo interesó en la devoción al Sdo. Corazón. Escribió "La genuina devoción al Sdo. Corazón", publicada solamente en 1699, nueve años después de la muerte de Margarita María.

Jean Croiset, S.J. (1656-1738) comenzó su correspondencia epistolar con Sta. Margarita María cuando aún era un escolar en Lyon. Margarita María animó su celo y cuando un editor lionés le pidió publicar un opúsculo sobre la devoción que era ya muy popular, se entusiasmó con este proyecto. Su libro "La devoción al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo", publicado en 1689 alcanzó un éxito tal que en 1691 garantizó una segunda y más amplia edición que contenía la biografía de la Hermana Alacoque un año después de su muerte.

Prefecto del colegio de los jesuitas en Lyon, el P. Croiset aprovechó toda oportunidad para promover la devoción y su propio libro. Urgió a sus colegas jesuitas en Paray a dar comienzo a la asociación que la Hermana Margarita María había sugerido. Así se hizo y la confraternidad se extendió rápidamente. Sin embargo, el cambio de Provinciales en 1694, las quejas sobre el excesivo celo de Croiset y algunas cuestiones sobre las prácticas recién introducidas y multiplicadas rápidamente, hicieron que el general

de los jesuitas, P. Tirso González, adoptase por prudencia la medida de trasladar a Croiset de Lyon a otro lugar. Impertérrito, Croiset continuó su apostolado con éxito en Arlés, Aviñón y Marsella.

Su libro sufrió restricciones años más tarde cuando en 1704, quejas similares a las precedentes lograron colocarlo en el Índice. Las dificultades que movieron a ello fueron de orden litúrgico y, si bien el libro no fue borrado oficialmente del Índice hasta ciento ochenta y tres años más tarde en 1887, las traducciones circulaban aún por el mundo católico aunque con la supresión de los párrafos censurados. Croiset no volvió a publicar de hecho nada más sobre el Sdo. Corazón, si bien continuó su obra de ardiente predicador y promotor de la devoción, además de escribir sobre otros temas.

Joseph-François de Gallifet, S.J. (1663-1749) fue un jesuita estudiante de filosofía en Lyon mientras La Colombière era allí Padre espiritual poco antes de su muerte. Fue un ardiente apóstol del Sdo. Corazón como tantos otros escolares, bajo la influencia de la amistad y el celo de Claudio y la correspondencia con la Hermana Alacoque, instigadora de su ardor.

Un inesperado incidente confirmó esta vocación mientras hacía su tercera probación en Lyon poco después de su ordenación: asistiendo a los enfermos contrajo a su vez una grave enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte y finalmente encontró de nuevo la salud. Cuando fue informado de que un amigo había pedido para él la salud y una larga vida para ponerla al servicio del reinado del Corazón de Cristo, Gallifet aceptó esto como un claro signo de la voluntad de Dios, que marcó el resto de su vida.

Publicó un libro "El culto al Sacratísimo Corazón de Dios y Señor Nuestro Jesucristo", en 1726 mientras estaba en Roma

desempeñando el cargo de Asistente de Francia bajo el generalato del Padre Michelangelo Tamburini.

Este libro fue un trabajo escolástico serio, hecho para apoyar el creciente interés en establecer una fiesta del Sdo. Corazón. El mismo P. Gallifet fue Postulador de esta causa. A pesar de todo, el negocio fue archivado, probablemente para evitar prejuicios de un modo u otro, ante la causa de beatificación de Margarita María Alacoque.

Al volver a Francia en 1742 fue nombrado rector en Lyon. Hasta su muerte acaecida siete años más tarde, se ocupó en traducir su libro del latín al francés, escribiendo además un volumen complementario sobre la devoción a Ntra. Señora, y fundando y acompañando nuevos centros de la confraternidad del Sdo. Corazón.

Bernardo Francisco de Hoyos, S.J. (1711-1735) atraído por el libro de Gallifet mientras era escolar en Valladolid, empleó los últimos tres años de su vida plantando infatigablemente las semillas de la devoción al Sdo. Corazón por todo el territorio español, escribiendo sobre este tema al mismo Rey, a sus compañeros de estudios, a los obispos y a otros muchos, hasta el momento de su muerte por causa del tifus que tuvo lugar al final de su mes de Ejercicios durante la Tercera Probación, en 1735. Tenía entonces solamente veinticuatro años.

Sus propias experiencias místicas de oración, que tuvo ya desde el noviciado, fueron confirmadas por la teología del Sdo. Corazón que descubrió en los escritos de su compañero jesuita. Además de sus numerosas cartas, su apostolado incluye la fundación de una notable cantidad de centros de la Confraternidad del Sdo. Corazón, a través de los cuales pudo imprimir y distribuir cientos de miles de folletos y hojas de oración. De este modo llevó

la devoción hasta las gentes sencillas, entre las cuales se ha mantenido en vigor hasta hoy.

Domenico María Calvi, S.J. (1714-1788), Rector de la Casa de retiros de San Andrés en Roma, volvió a tomar la causa que Gallifet había iniciado, logrando éxito donde su predecesor había fallado. Con esfuerzo incesante a través de encuentros personales, folletos, retiros y misiones populares, mantuvo viva una discusión informal sobre el culto y la posible fiesta litúrgica del Sdo. Corazón, durante las décadas que siguieron a la decisión de la Sda. Congregación de Ritos en 1729 de suspender toda acción sobre esta materia, que quedaba pendiente de un ulterior estudio. Finalmente en 1765 la Congregación aprobó una Misa y Oficio del Sdo. Corazón para ser usados en Polonia y Roma.

NOTA I

Del Mensaje de Juan Pablo II a los Jóvenes de Francia (junio 1980)

JESUCRISTO EL HOMBRE QUE MAS HA AMADO

5. Vosotros valéis también lo que vale vuestro corazón. Toda la historia de la humanidad es la historia de la necesidad de amar y de ser amado. Este fin de siglo, sobre todo en las regiones de evolución social acelerada, hace más difícil el brote de una sana afectividad. Por eso, sin duda, muchos jóvenes y muchas jóvenes buscan el ambiente de pequeños grupos. a fin de huir del anonimato y a veces de la angustia, a fin de encontrar su profunda vocación a las relaciones interpersonales. A juzgar por cierto tipo de publicidad, nuestra época parece víctima de lo que pudiera llamarse una droga del corazón.

En este terreno, como en los precedentes, conviene ver claro. Cualquiera que sea el uso que de él hacen los humanos, el corazón -símbolo de la amistad y del amor - tiene también sus normas, su ética. Hacer sitio al corazón en la construcción armónica de vuestra personalidad nada tiene que ver con la sensiblería ni aun con el sentimentalismo. El corazón es la apertura de todo el ser a la existencia de los demás, la capacidad de adivinarlos, de comprenderlos. Una sensibilidad así, auténtica y profunda, hace vulnerable. Por eso, algunos se sienten tentados a deshacerse de ella, encerrándose en sí mismos.

Amar es, por tanto, esencialmente entregarse a los demás. Lejos de ser una inclinación instintiva, el amor es una decisión consciente de la voluntad de ir hacia los otros. Para poder amar en verdad, conviene desprenderse de todas las cosas y, sobre todo, de uno mismo, dar gratuitamente, amar hasta el fin. Esta desposesión de sí mismo, acción de largo respiro es exhaustiva y exaltante. Es fuente de equilibrio. Es el secreto de la felicidad.

Jóvenes de Francia: ¡Alzad más frecuentemente los ojos hacia Jesucristo! El es el Hombre que más ha amado, del modo más consciente, más voluntario, más gratuito. Meditad el testamento de Cristo: "No hay mayor prueba de amor que el dar la vida por aquellos a quienes se ama" ¡Contemplad al Hombre-Dios, al hombre del corazón traspasado! ¡No tengáis miedo! Jesús no vino a condenar el amor, sino a liberar el amor de sus equívocos y de sus falsificaciones. Fue El quien transformó el corazón de Zaqueo, de la Samaritana, y quien realiza, hoy todavía, por todo el mundo, parecidas conversiones. Me imagino que esta noche Cristo murmura a cada uno y a cada una de entre vosotros; "¡Dame tu corazón!... Yo lo purificaré, yo lo fortaleceré, yo lo orientaré hacia cuantos lo necesitan: tu propia familia, tu comunidad escolar o universitaria, tu ambiente social, los despreciados, los extranjeros que viven sobre el suelo de Francia, los habitantes del mundo entero que no tienen de qué vivir o desarrollarse, los más pequeños de entre los hombres. El amor exige ser compartido!

Jóvenes de Francia: Es, más que nunca, la hora de trabajar con las manos enlazados por la civilización del amor, según la expresión favorita de mi gran predecesor Pablo VI. ¡Qué obra tan gigantesca! ¡Qué tarea tan entusiasmante!

A propósito del corazón, del amor, tengo todavía que haceros una confidencia. Creo con todas mis fuerzas que muchos de entre vosotros sois capaces de arriesgar el don total, a Cristo y a vuestros hermanos, de todas vuestras potencias de amor.

Comprendéis perfectamente que quiero hablaros de la vocación al sacerdocio y a la vida religiosa. Vuestras ciudades y vuestros pueblos de Francia esperan ministros de corazón ardiente que anuncien el Evangelio, celebren la Eucaristía, reconcilien a los pecadores con Dios y con sus hermanos. Esperan también mujeres radicalmente consagradas al servicio de las comunidades cristianas y de sus necesidades humanas y espirituales. Vuestra eventual respuesta a ese llamamiento se sitúa totalmente en el eje de la última pregunta de Jesús a Pedro: "¿Me amas?"

NOTA J

De la Encíclica HAURIETIS AQUAS del Papa Pío XII, mayo 1956

13. Es cierto que nunca se habla explícitamente en la sagrada escritura de un culto especial de veneración y amor al corazón físico del Verbo humanado como símbolo de su ardiente caridad. Pero este hecho, que hay que reconocer abiertamente, no nos ha de admirar ni hacer dudar en manera alguna de que el amor de Dios con nosotros, que es la razón principal de este culto, se anuncia e inculca, tanto en el antiguo como en el nuevo testamento con imágenes capaces de impresionarnos profundamente. Estas imágenes, por hallarse en los libros sagrados que anunciaban la venida del Hijo de Dios hecho hombre, pueden considerarse como un presagio de lo que había de ser el símbolo e índice más noble del amor de Dios, a saber: el Corazón del Redentor...

18. Sin embargo, sólo por los evangelios sabemos con certeza que la nueva alianza sellada entre Dios y los hombres - y de la cual fue un símbolo e índice el pacto que Moisés estableció entre Dios y el pueblo de Israel, según había anunciado el profeta Jeremías - es la misma que estableció y llevó a cabo el Verbo encarnado con las obras suyas que nos conciliaron la gracia divina...

19. ... Detengámonos un poco, venerables hermanos, en la grata contemplación de este misterio, a fin de que, iluminados por la luz que sobre él derraman las páginas del evangelio, podamos también nosotros experimentar que se ha cumplido el deseo que el

apóstol formulaba escribiendo a los fieles de Efeso: Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y arraigados y fundados en la caridad podáis comprender, en unión de todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la alteza y profundidad de este misterio y conocer también el amor de Cristo que supera toda ciencia, a fin de que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef 3,17-19).

20. El misterio de la divina redención es, ante todo y por su misma naturaleza, un misterio de amor: amor justo de Cristo a su Padre celestial, a quien el sacrificio de la cruz ofrecido con amorosa y obediente sumisión presenta una satisfacción sobreabundante e infinita, que era debida por las culpas del género humano: "Cristo, al sufrir por caridad y obediencia, ofreció a Dios una compensación de valor muy superior al que exigían todas las ofensas del género humano" (SUMMA THEOLOGICA, III, q. 48, a.2). También es el misterio del amor misericordioso de la augusta Trinidad y del divino Redentor hacia todos los hombres. Eran los hombres totalmente incapaces para satisfacer por sus pecados y Cristo, con la inescrutable riqueza de sus méritos adquiridos mediante la efusión de su preciosísima sangre, restableció y perfeccionó el pacto de amistad entre Dios y los hombres que ya había sido violado, primero en el paraíso terrenal al caer Adán miserablemente, y después con los innumerables pecados del pueblo escogido. El divino Redentor - como perfecto y legítimo mediador nuestro - al conciliar, impulsado por el ardiente amor que nos tenía, nuestras obligaciones y deudas con los derechos divinos, fue el autor de la admirable reconciliación entre la justicia divina y la divina misericordia, reconciliación que constituye el núcleo del misterio trascendental de nuestra salvación...

21. Su amor no fue solamente espiritual, como correspondería a Dios, ya que "Dios es espíritu". De esa clase fue sin duda el amor con que amó Dios a nuestros primeros padres y al pueblo hebreo; las expresiones de amor humano, familiar y paterno que se leen en los salmos, en los escritos de los profetas y en el

Cantar de los Cantares, son indicios y manifestaciones de la realísima pero espiritual caridad con que Dios amaba al género humano; por el contrario, el amor que respiran las páginas del evangelio, las cartas de los apóstoles y el Apocalipsis, que describen el amor del Corazón de Jesucristo, no solamente manifiesta la caridad divina, sino también los sentimientos del amor humano. Esto es cierto para cuantos se dicen católicos. Porque el Verbo de Dios no asumió un cuerpo ficticio, aparente, como afirmaron algunos herejes del siglo I, condenados por estas severas palabras del apóstol S. Juan: "Ahora se han levantado en el mundo muchos seductores que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. El que tal afirma es un impostor y un anticristo" (2Jn 7). El unió realmente a su persona divina una naturaleza humana, individual, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de María Virgen por virtud del Espíritu Santo. Nada faltó a la naturaleza humana que el Verbo de Dios unió a sí. El la asumió sin ninguna mutilación ni alteración en cuanto a sus constitutivos espirituales y corpóreos, es decir, dotada de entendimiento y voluntad y de las demás facultades internas y externas del conocimiento, e igualmente del apetito sensitivo y sus correspondientes inclinaciones naturales...

22. Así como no se puede dudar que Jesucristo tomó un cuerpo verdadero dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que descuella el amor, así también es indudable que poseyó un corazón físico semejante al nuestro, ya que sin este excelentísimo miembro es imposible que la vida humana tenga aun los efectos que le son naturales. El Corazón de Jesucristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpitó, sin duda, de amor y de otros afectos sensibles, los cuales sentimientos de tal modo eran concordantes y estaban tan en armonía con su voluntad humana rebotante de caridad divina, y con el mismo amor infinito que tiene común el Hijo con el Padre y el Espíritu Santo, que nunca hubo discrepancia o algo menos conforme entre estos tres amores.

23. Con todo, el hecho de que el verbo de Dios haya asumido una naturaleza humana verdadera y perfecta y se haya modelado y adaptado un corazón de carne que no menos que el nuestro pudiese padecer y ser alanceado, podría ser ocasión de escándalo y necedad para algunos como realmente lo fue "Cristo crucificado para los judíos y los gentiles", si no se lo considera a la luz que brota no sólo de la unión hipostática y sustancial, sino también del mismo fin de la redención humana, que es como su complemento. Los documentos legítimos de la fe católica, totalmente de acuerdo con las sagradas escrituras, nos aseguran que el Hijo de Dios tomó una naturaleza humana pasible y mortal principalmente porque anhelaba ofrecer pendiente de la cruz un sacrificio cruento para consumir la obra de la salvación de los hombres.

NOTA K

Trabajos de Hugo y Karl Rahner

I. HUGO RAHNER

**"Ideas para una fundamentación bíblica
de la devoción al Corazón de Jesús"**

**De "Cor Salvatoris"
Editado por Josef Stierli, S.J.**

Es conveniente investigar la historia y el actual desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús atendiendo a su fundamentación bíblica, no como si quisiéramos incurrir en el anacronismo frecuente en libros de piedad, que pretenden cimentar con el mayor número de citas bíblicas todos los elementos esenciales de esa devoción, condicionada sin duda en su forma actual por una moderna sensibilidad. Nada se gana con ello histórica ni ascéticamente, y en cambio se pierde mucho.

Es indudable que hay una manera completamente auténtica desde el punto de vista de la exégesis de presentar las partes esenciales de esta devoción como legítima herencia ideológica de la revelación bíblica, en particular la del Nuevo Testamento. Esta demostración puede, al menos en un primer momento, refutar la objeción también muy importante hoy, que, en nombre de una teología bíblica depurada y liberada de errores y excrecencias, rechaza la piadosa devoción al Corazón de Jesús, como

degeneración derivada del pietismo católico, muy poética si se quiere, pero desprovista del más elemental respeto al Evangelio, y que amalgama la proximidad cristiana de Dios con la más sensible e indiscreta sensualidad de los símbolos tangibles.

Karl Barth no se ha recatado de equiparar la devoción católica al Corazón de Jesús con la moderna doctrina del protestantismo respecto a la vida de Cristo, despojada de toda fe en la verdadera encarnación del Verbo: ambas formas serían el intento de "presentar un acceso a Jesucristo, que esquive su divinidad, desde el punto de vista puramente humano y al alcance de todos". De aquí su demoledor juicio: "Deben rechazarse como deificación de la criatura, tanto el culto neoprotestante al héroe Jesús, como la devoción católica a su sagrado corazón"¹.

Esto no es ninguna novedad, sino algo antiguo desempolvado ahora; los jansenistas ya nos hablaron de ello y la Iglesia dio su respuesta a los sinodales de Pistoya; pero si prestamos benévola atención, percibiremos lo que hay de legítimo en estas objeciones, a saber, que el cristiano, acuñado de conformidad con la gravedad divina de la palabra bíblica y de la teología de la gracia, difícilmente comprenderá muchas formas en las que se complacía la devoción medieval al Corazón de Jesús y, sobre todo, la de la época barroca. De ahí la importancia que asignamos al intento de una fundamentación genuinamente bíblica.

Únicamente después de señalar los pensamientos fundamentales de la revelación bíblica en que se han inspirado las primeras formas de la devoción al Corazón de Jesús, y cómo esta configuración primitiva fue más tarde recubierta en su clásica belleza por los arabescos de una piedad inestable, hoy en desuso,

¹ K. Barth, "Die Kirchliche Dogmatik", I, 2, páginas 150s.

pero sin poder ser destruida, y finalmente, cómo hoy la única forma de esta devoción reconocida por la Iglesia orante y docente, tiende de nuevo conscientemente a la simplicidad de sus primeros días, entonces y sólo entonces estaremos capacitados mediante esta oculta historia del amor interno de Cristo, para volver a encontrar los conceptos fundamentales siempre nuevamente valederos y, por tanto, siempre vivos y renacientes de la palabra divina, tal y como se conservan y son interpretados en la Iglesia viviente.

Evidentemente, con tal supuesto esta obra tan sólo puede ser un fugaz intento de presentar los rasgos esenciales de una fundamentación bíblica de la devoción al Corazón del Señor.

Comencemos por lo más esencial. El lenguaje de la palabra revelada por Dios se sirve del sagrado término "corazón" y de sus equivalentes, en su mayor parte casi sinónimos, en el sentido de su significado más primitivo y universalmente humano, del cual se tratará en las reflexiones teológicas de este libro. Recientemente se ha sintetizado con acierto el sentido y alcance de la palabra "corazón" en el Antiguo Testamento: "El corazón es el principio y órgano de la vida humana personal, el punto interno de concentración de la esencia y del obrar de cada uno como personalidad espiritual, y, por tanto, la fuente y sede de la vida ética y religiosa; es también el conjunto del ánimo y del valor, del conocimiento interno, del proyectar y querer, de la resolución ética del hombre total e indiviso".

Lo mismo vale en la lengua del Nuevo Testamento: el corazón es la suma de los más recónditos pensamientos (Mt 24,48; Rm 10,6), es lo contrario del hombre externamente visible (I Ts 2,17; 2Co 5,12), más exactamente aún, la antítesis del culto que se presta sólo con los labios (Mt 15,18; Mc 7,6). "Corazón" es, por tanto, el término decisivo para la novedad y significación saludable de la revelación del Nuevo Testamento, pues en el corazón, o sea en lo más profundo del hombre ético alcanzado por el amor divino,

tienen su encuentro palabra y fe, gracia y dócil atención. La gracia de Cristo es por eso circuncisión del corazón (Hch 7,51; Rm 2,29). La justificación es fe "de corazón" (Rm 10,10; Hb 10,22). El espíritu está vertido en nuestros corazones (Ga 4,6). El amor que brota de un corazón puro es la perfección (Mt 22,37; 1Tm 1,5). El cristianismo es sencillamente "el adorno oculto del corazón" (1P 3,4). "También en el Nuevo Testamento el corazón es antes que toda otra cosa el punto central del hombre, adonde Dios se dirige, donde radica la vida religiosa y el que determina la postura ética"¹.

Victor Warnach ha expuesto así recientemente las relaciones de esa primitiva palabra bíblica con la devoción al Corazón de Jesús fundada sobre bases bíblicas: "El pneuma es aquella profundidad del hombre, divina y personal al mismo tiempo, que en la sagrada Escritura muchas veces es denominada "corazón"(kardia), porque representa el verdadero centro directivo de la persona, del cual nacen todos los pensamientos y sentimientos, todas las preocupaciones y decisiones" (Mc 7,21; Rm 8,27; 10,10; 1 Co 14,25; 1 Ts 2,4; 2 Ts 3,5). Esto corresponde al uso lingüístico del Antiguo Testamento, que no pocas veces emplea el sinónimo leb, posteriormente lebab, en la acepción anteriormente indicada. El término "corazón" ha conservado generalmente dicho sentido pneumático en la liturgia eclesíastica y en la piedad. De allí la devoción al Corazón de Jesús, cuyo pensamiento central es la caritas (agape), debe recibir su más profundo significado. Mencionemos de paso el peculiar sentido del "coeur" pascaliano con su sentimiento de Dios, que toma el concepto del Nuevo Testamento con una modificación ciertamente moderna, pero absolutamente autorizada"².

¹ K. Kittel, "Theologisches Woerterbuch zum Neuen Testament" III, col. 613, 615.

² V. Warnach, Agape, Página 231.

Esta advertencia de Warnach sobre una posible profundización de la devoción al Corazón de Jesús cimentada sobre el lenguaje bíblico, nos lleva al centro de la cuestión, pues precisamente tanto las oraciones de la Iglesia como las de sus fieles, desde los tiempos más remotos, toman la expresión "corazón del Señor" en el mismo sentido de la sagrada Escritura. Y cuantas veces en el transcurso de la historia se perdió la genuina comprensión bíblica de la fuerza primitiva de dicho término, o faltó el justo medio entre la significación puramente material del corazón físico y la significación puramente simbólica, entonces fue la ocasión, como también lo es hoy, de buscar el remedio en la palabra de Dios y de comprender la unidad, en cierto sentido hipostática, de lo divino y lo humano en esta devoción (cual ha sido siempre plasmada en el espíritu de la Iglesia), según el misterio hipostático del corazón mismo del Señor.

Inversamente, puede aventurarse la afirmación de que, cuanto menos comprensión se tenga de la esencia de esta devoción, tanto menos se entiende la palabra de Dios que, juntamente con la devoción de la Iglesia mantiene abierto el saber y el vislumbrar en torno a las verdades permanentes sobre la unidad de alma y cuerpo. Cada falta de comprensión de la eterna palabra "corazón", constituye una verdadera tragedia espiritual y, en cambio, siempre que se mantiene vivo un auténtico saber acerca de los misterios del corazón de Nuestro Señor, como lo es el que se cimienta sobre la palabra bíblica, sucede algo decisivo en el reino del espíritu: Dios es comprendido como El mismo se dio a conocer, de corazón a corazón.

II. KARL RAHNER
"El Hombre del Corazón traspasado"
Siervos de Cristo, pp. 140-145

Pero, antes de intentar esclarecer un poco más lo que acabamos de decir, recordemos de nuevo las dos limitaciones que

aducimos a nuestra proposición anterior. Recordemos también lo que ya sabemos, es decir, que el "corazón" es un concepto fundamental en la Sagrada Escritura: que esta palabra es un término fontanal que sirve para expresar el centro original del hombre, en cuanto éste es visto por Dios en su unidad y realidad total: que no hablamos del corazón en sentido metafísico, como si fuera una idea abstracta tomada, por traslación artificial, de un órgano fisiológico, sino que nos referimos desde el comienzo a este centro del hombre, en el que mora y se cumple su eternidad; además, que el hombre necesita de estos términos, radicales y primigenios, evocadores de estas ideas arquetípicas, si no quiere agostarse en la sequedad racionalista y limitar su saber acerca del misterio de su existencia a lo que de ella puede decir explícitamente en conceptos, lo que equivaldría a no saber en resumen nada de él, porque los conceptos habrían perdido así su virtualidad para remitir a algo que los trasciende, a una experiencia más original, en la que vienen dados el mismo hombre, Dios y su espíritu precisamente en el corazón; que para poder hablar de devoción al Corazón de Jesús, es esencial referirse al corazón del Señor, pero que no es esencial convertir el corazón del Señor, en cuanto tal, en término al que directamente se dirigen las súplicas e invocaciones del culto sino que basta - y si hay riesgo de extravagancias sentimentales sería mejor - invocar al Señor "en su corazón", buscarle y amarle "con los ojos puestos en su corazón".

Supuestas, pues, las dos limitaciones señaladas, y supuesto también lo que acabamos de decir, podemos añadir ahora: el sacerdote del mañana encontrará su propia realidad en cuanto tal, si se fija en el corazón del Señor. Es el corazón que ha tomado sobre sí la tiniebla del mundo y sus culpas; el corazón que encomendó en las manos del Padre incluso su sentimiento de abandono por parte de Dios; el corazón que no quiso más poder que el amor indulgente; el corazón que fue traspasado, y de esta forma se convirtió en fuente de todo espíritu. Este es el corazón del mundo, el centro en que Dios y el mundo, la eternidad y el tiempo, la vida

y la muerte, la palabra de Dios y la respuesta del hombre se hicieron uno, ni separados ni confundidos; el centro en que la unidad substancial, llamada unión hipostática, se vertió a suceso existencial y de esta forma cobró su último sentido y llegó a su plenitud propia. En él están unidas y reconciliadas en el origen todas las realidades de la Palabra encarnada del Padre, y por lo mismo el incalculable cúmulo de múltiples experiencias a que llegamos en él y con él. Al hablar del Corazón de Jesús, evocamos aquel centro radicalmente unificador - incomprensible al tiempo que evidente - que se explicita en la historia de Jesús de Nazaret, y en ella se realiza, el que confiere su sentido a esta historia y a cada acontecimiento que en ella se cumple, el sentido de Dios, de su incomprensibilidad, de su amor, de la vida, que se encuentra a sí misma por medio de la muerte.

Este corazón, pues, no es "dulce", sino terrible. Terrible en su tenebrosa angustia de muerte, terrible por el incomprensible misterio del amor, en el que Dios se entregó a sí mismo a su creación, a sus culpas y a su vaciedad; terrible en lo incondicional de las exigencias que nos plantea y con las que nos asume en su propio destino; terrible por la confianza con que corresponde a nuestra falta de seguridad. Y si este corazón es "dulce", lo será por la santa madurez del amor que triunfó en la muerte, y que sólo alcanza a comprender el que con él ha pasado por su terrible sino. Con este corazón traspasado ha de tropezar el sacerdote de mañana.

No crean ustedes que esta devoción al corazón de Jesús ha pasado de moda y pertenece a un tipo de piedad, que ya es de ayer. ¿Qué es lo pasado de moda? ¿Qué es moderno? El cristiano verdaderamente moderno, no es el que practica un efímero inconformismo frente al pasado y cae víctima del hoy, el que sólo lo superficial tiene por futuro, sino el que conserva lo antiguo y anticipa realmente lo futuro. En lo que a menudo parecía antiguo, se ha anticipado muchas veces el futuro en la Iglesia, antes de hacerse visible a todos. Quien en pleno apogeo del individualismo

ingenuo, tenía el valor de mantener una auténtica piedad eclesial, anticipada la época que ahora comienza a alborear; el que en la escuela de San Ignacio hacía auténticos ejercicios de elección, tomaba por adelantado el auténtico existencialismo teológico de la decisión solitaria, un existencialismo que tal vez no aparezca hasta mañana. Los que van en solitario y los decididos por cuenta propia, los que encuentran en el ayer lo del mañana, son los verdaderos portadores del hoy. Y lo mismo puede suceder con la veneración al Corazón de Jesús. Es una devoción que en el fondo tiene poco que ver con el barroco. Ni tampoco se reduce a ser el lujo de una introversión religiosa dedicada al cuidado de la propia alma, un lujo que resulta ya extraño a nuestra mezquina época, en el fondo tan amenazada.

Aquí es objeto de culto el corazón que se olvidó de sí mismo en la mortal soledad de nuestra culpa y en la tremenda incomprendibilidad de Dios, y de esta forma se confió a la sobria trivialidad del cada día pasado en el servicio de la confirmación diaria. En el tronco del barroco nació únicamente la semilla, que cae hoy en la tierra y muere y mañana da fruto: los frutos de la capacidad de decisión del corazón solitario, el fruto de la fe en medio de la incredulidad, el fruto de la experiencia de Dios en medio de un mundo que exclama, ligero o preocupado: "Dios ha muerto"; el fruto del amor mutuo, que es muy otra cosa que los cálculos sagaces y oprimentes de todos los egoísmos; el fruto de la locura de la cruz y del valor de morir en medio de un mundo convencido de que ha superado la muerte porque lleva a los moribundos a los hospitales y cree haber creado vida en cuanto prolonga la agonía. El corazón del hombre será siempre un país desconocido, que sólo el futuro se encarga de descubrir; el primer comienzo, al que no hemos llegado todavía. Y por este motivo, el comprender lo que significa el Corazón de Jesús en fe, esperanza y amor, equivale a una aventura única, interminable y siempre nueva, que no llegará a término mientras no se haya llegado al propio corazón, y se haya visto que esta tremenda fosa está

cubierta, a pesar de todo, por Dios. Esto vale para cada uno y vale también para la situación presente en su conjunto.

No es posible inducir a nadie a que tome la decisión de practicar la devoción al Corazón de Jesús, por medio de tan abstractas consideraciones de índole filosófico-histórica e histórico-teológica, y más difícil sería aún preparar en la retorta de la teología la gracia y el carisma de tal devoción. Lo más que se puede hacer, es centrar la atención sobre el problema - que cada cual ha de responder por su cuenta - de si no habrá en la realidad algo que responda a lo que queremos decir cuando nos expresamos así, algo que proceda del núcleo más íntimo de la existencia, pues lo que aquí expresamos será imposible de entender mientras no sea la gracia quien proporcione al hombre, con su poder, el fundamento al que se refieren estas palabras. Pero el que tenga el valor de experimentar esta gracia, es decir, el valor de retirarse a la soledad del corazón, el valor de ser fiel, de tener una conciencia ajena a la recompensa, el valor de amar al más extraño como si fuera su prójimo, descubrirá su mísero corazón, comenzará a comprender lo que realmente se expresa al hablar del corazón. Y si el tal se dirige confiado y suplicante, con amor y esperanza a su Señor, al Hijo del hombre, para ver en él el ejemplar según el cual ha sido creado él mismo, a cuya imitación ha sido llamado, notará luego de repente y con santo temor, cómo, guiado él mismo por la experiencia del propio corazón, invoca a este su Señor en su propio corazón. Notará que se le ofrece la gracia de la devoción al Corazón de Jesús. Y la aceptará, y se esforzará por hacer que crezca, discretamente, sin emplear pomposamente palabrería piadosa, sin ignorar el inevitable pluralismo, tan propio de seres creados incluso en la vida espiritual, que ha de emplearse en multitud de ejercicios para procurar lo único que importa al fin. Notará que la retraída sobriedad en el estilo de piedad reinante hoy, forma precisamente ese ámbito de silencio y soledad en el que crecen la sobria embriaguez del espíritu, el dolor, ardiente y dichoso, del amor a Dios y el misterio del morir con el Crucificado, abandonado por su Padre. Pondrá sus ojos en Aquél,

a quien también él ha traspasado, y notará las heridas, que este Traspasado le ha infligido a él en su ser más íntimo. Tal vez se espante y huya entonces, sin hacerse a ella, de la monótona rutina del funcionario eclesiástico, y el temor de ser infiel algún día a la gracia y a su verdadera misión puede traspasar su corazón; huirá de sí mismo y se refugiará en el único que constituye nuestro futuro y nuestra esperanza y se dirigirá a Cristo para pedirle: Dame, Señor, la gracia de ser en tu corazón el hombre con el corazón traspasado, única forma de ser tu sacerdote.

III. KARL RAHNER

"El Dios de mi Señor Jesucristo" de "Palabras al silencio"

Tú siempre me dices todo: tu infinitud. Pero esta palabra agobia cada rincón de mi ser finito. Y de esta manera tú eres la perenne amenaza en mi vida, y el fin de todas mis seguridades. No, Señor, tú tienes que decirme una palabra que no signifique cada cosa y todo a la vez. Tienes que decirme una palabra que signifique sólo una cosa, algo que no sea todo. Debes, a fin de que cese en mí el temor de tu infinitud, transformar en finita tu palabra infinita, que entre en mi pequeñez, que se ajuste a ella sin destruir la pequeña morada en la que sólo puede vivir mi ser finito. Entonces podré comprenderla, sin que tu infinitud y la de tu palabra confunda mi espíritu y angustie mi corazón. En tu "verbum abbreviatum", en tu palabra empequeñecida, que no dice todo pero que yo puedo entender, volveré a encontrar alivio. Debes dar una palabra humana a la tuya y comunicarla a tu criatura. No digas todo lo que eres en tu infinitud: dime sólo que me amas, dime que eres bueno conmigo. Dímelo, pero no con tu lenguaje divino, en el cual tu amor siempre equivale a tu inexorable justicia y a tu potencia destructora: dilo en mi idioma, y así no tendré miedo y estaré seguro que detrás del nombre del amor sólo se esconde tu bondad y tu dulce misericordia.

¡Oh Dios infinito, tú has querido decirme esta palabra! Le has ordenado a tu mar infinito que no ondeara más allá de los muros que encierran, sí, el campo de mi ser, pero también lo protegen en su pequeña extensión, junto a tu infinidad. Has querido que de tu mar sólo viniera a mi pequeña y pobre tierra, tu dulce rocío. Tú viniste con palabras de hombre. Pues tú, infinito, eres el Dios de nuestro Señor Jesucristo. El nos ha hablado con palabras humanas: y el hombre del amor ya no esconde nada que yo pueda temer. Si él dice que nos ama y que tú nos amas en él, esta palabra nace de un corazón humano: y en un corazón humano sólo significa una cosa, que es nuestra dicha. Y si este corazón humano nos ama, el corazón de tu Hijo, el corazón que - bendito seas por ello - es sin embargo finito como el mío, entonces mi corazón se calma. Si éste me ama, yo sé que el amor de un corazón humano sólo es verdadero amor y nada más. Y Jesús me ha dicho que en verdad me ama y su palabra surge de un corazón humano. Y este corazón es tu corazón, Dios de nuestro Señor Jesucristo. Y si el corazón humano de tu Hijo es indeciblemente más rico y más grande que el mío, es indeciblemente más rico sólo en amor, más grande en aquella bondad que es sólo bondad y amor, y no oculta en sí tu terrible infinidad, que siempre es todo.

Haz, oh Dios infinito, que siempre tenga en Jesucristo, mi Señor, mi esperanza. Que su corazón me revele lo que tú eres para mí. Quiero mirar su corazón, cuando anhele saber quién eres. Tu infinidad por sí sola, en la cual siempre eres todo, ofusca mi alma y me lanza en aquella tiniebla de tu ser sin límites, que es más profunda que todas las noches de esta tierra. Y por lo tanto, quiero mirar al corazón humano de Jesús, oh Dios de mi Señor, y entonces veré que me amas.

Te pido una vez más una cosa: haz que mi corazón sea como el corazón de tu Hijo; tan amplio y tan rico de amor, que mis hermanos... que uno al menos, en mi vida, logre comprender,

gracias a este camino, que tú lo amas. Dios de mi Señor Jesucristo,
haz que pueda encontrarte en su corazón.

NOTA L

De las cartas del Padre General Lorenzo Ricci a la Compañía de Jesús

1. CARTA DEL 3 DE JUNIO DE 1767

Todos los Nuestros, durante sus visitas diarias al Santísimo Sacramento, continúen las oraciones indicadas con gran confianza, insistiendo en ellas, especialmente en la próxima fiesta del Sagrado Corazón. En este día, además de cuanto sugiera a cada uno la devoción como muestra de amor y homenaje al Divino Corazón, los sacerdotes ofrecerán la Misa por la Compañía, y los que no son sacerdotes rezarán el rosario por la misma intención. Pedirán a la Santa Madre de Dios y Madre nuestra, que nos alcance un fácil acceso al Corazón de su divino Hijo. En El solo, y por medio de El, la Compañía encontrará refugio y seguro auxilio; en ninguna otra morada podrá encontrar más seguro descanso. También en este día, recibirán la Comunión en acción de gracias por el don que el divino Corazón nos ha hecho dándose a nosotros, un don que contiene todos los tesoros de su inmenso amor hacia nosotros. De este modo haremos reparación por las injurias que tanto nosotros como los demás no cesan de hacer a Cristo nuestro Señor en su sacramento de amor...

2. CARTA DEL 17 JUNIO DE 1769

1. Ni mi solicitud ni vuestras oraciones se vieron privadas totalmente del fruto deseado: la constancia de ánimo y la fortaleza inquebrantable ante las dificultades, sin debilitarse por los infortunios, con la cual nuestros hermanos, expatriados, lanzados por mar y tierra, sobrellevaron, con gran admiración de todos, tántas y tan grandes desventuras no sólo pacientemente sino

gozosos y con rostro alegre, como en tiempo de los Apóstoles. Ellos son una demostración de las ideas y de los principios en que se afirmaban y por las cuales eran regidos; demostración también de que Dios estuvo presente de un modo particular para fortalecerlos en las virtudes.

Sin embargo todavía no agradó a Dios sacarnos de nuestras tribulaciones, o bien porque no estamos totalmente libres de aquellas culpas a las que con corazón sincero debiéramos llamar causa de nuestros males, o bien, porque complacido en nuestra virtud aplazó nuestra consolación para tiempos más oportunos.

2. Pero cualquiera haya sido la causa y por qué Dios no del todo oyó nuestros votos, no se debe investigar demasiado; ello se haría sin provecho; "hay que sufrir sus dilaciones" con ecuanimidad; y se ha de esperar el tiempo de su compasión en paciencia y esperanza. En paciencia esperaremos si pensamos que cuanto sucediere de adverso sucede por la voluntad justísima y por determinación de Dios, es decir de un Padre amantísimo que todo lo dirige para nuestro bien y gloria suya. Y en esperanza si sabemos que un Padre amantísimo no acostumbra rechazar y abandonar a sus hijos que esperan en él. Confiados en esta esperanza no cesemos de clamar al Señor; él a su tiempo escuchará nuestras oraciones, si permanecemos constantes en ayunos y súplicas.

Ello hay que realizarlo más fervientemente porque a las pasadas calamidades tan duras por la permanencia y largo tiempo ahora se añaden otras nuevas y están al llegar peligros más graves; porque no es que padezca una u otra parte de la Compañía, sino que, como es bien conocido, la Compañía entera es acometida con violencia. Suba, pues, nuestra oración "como incienso en la presencia del Señor", quiero decir de un corazón constreñido por el dolor y encendido por el fuego del amor, para que nuestras preces sean según es la magnitud del peligro y según es el amor a la

Madre de todos que se encuentra en grave riesgo.

3. Y como todos los actos de piedad antes encomendados, en los que se ha de insistir hasta que el Señor se compadezca, consisten en obsequios ofrecidos en determinados tiempos a la Bienaventurada Virgen y al Santísimo Corazón de Jesús, desearía que al ofrecerlos los hagáis con todo el esfuerzo del alma y con la seguridad y fe de obtener lo pedido. El peligro mismo excitará el esfuerzo; la seguridad y fe se aumentarán invocando a la Santísima Virgen si pensamos que es Madre de Dios y Madre nuestra. Siendo Madre de Dios tiene mucha valía para implorar con seguridad a su Hijo; siendo Madre nuestra quedará tocada y conmovida en gran manera por nuestras calamidades.

Pero cuando nos dirigimos a Cristo, o en la diaria visita al Santísimo, o en la fiesta del Corazón Sacratísimo de Jesús, querría os acordárais de aquellas palabras que dijo cuando todavía vivía en este mundo: "Acercáos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados que yo os aliviaré" (Mt 11,28). Con tales palabras, como mostrando su corazón abierto a todos los trabajados y fatigados con la carga, suavísimamente los atraía para que corrieran a El, como a casa de refugio y ayuda en los quebrantos. Pongamos ante El sus promesas y juntamente las calamidades que nos agobian; con ello no dejará de conmoverse siendo El benévolamente rico en misericordia.

Pero si alguna vez hace sordos oídos al recibir nuestras preces como si dormitase, esto sucede para que ejercitemos nuestra fe; entonces no perdamos el ánimo, sino clamemos más fuerte, usando con toda confianza las palabras del salmo: "Levántate, por qué duermes, Señor: levántate y ayúdanos"; o con aquellas otras palabras de los apóstoles cuando estaban por perecer en el mar en una tempestad levantada de repente; "Sálvanos, que perecemos" (Mt 8,25.26). Ante estos llamados, Jesús que estaba dormido en la nave, "increpó" al viento y a la tempestad del mar; la tempestad cesó y "se hizo una gran tranquilidad". Y se debe atender a que el

demasiado temor no debilite o haga sucumbir nuestra fe de tal modo que seamos dignos de ser increpados con los Apóstoles: "¿Por qué estáis tímidos hombres de poca fe?" Pues nada destruye la fuerza de nuestras preces como nuestra poca fe; como nube se interpone para que no suba nuestra oración.

3. CARTA DEL 22 DEL FEBRERO DE 1773

Veo con confusión que el Señor todavía no se ha dignado extender su mano para levantarnos. Ciertamente nos ha dado muchísimos argumentos de su misericordia para con nosotros; y nosotros experimentamos en mil maneras su presencia y su casi milagroso patrocinio; con todo ha dado libre curso a nuestras calamidades. Adoro sus juicios siempre justos; la causa de las calamidades las atribuimos a nuestras culpas y muy especialmente a las mías, y al Señor le digo en confesión sincera: "Hemos pecado... todo lo que nos hiciste, Señor, con recto juicio lo hiciste" (Dn 3,29).

Y sin embargo ¿Qué? ¿Acaso nuestro Dios, cuya naturaleza es bondad se olvidará de usar de su misericordia? ¿Por ventura Dios se olvidará de su piedad? Antes bien hemos experimentado que él suele, aun cuando está airado, acordarse de su eximia misericordia. Sabemos que los actos de su misericordia son más abundantes que los de su justicia y los de sus otros atributos. Por lo cual a El ruego, y vosotros rogad juntamente conmigo, que se acuerde de nuestra fragilidad y debilidad, para que se incline a la misericordia y conmiseración; que si su justicia quisiera mirar nuestros pecados, suplicadle que los mire en su Hijo Jesús que tomó todos los pecados sobre sí y que satisfizo por ellos con tal exuberancia; suplicad que tengamos el don de aquel contrito corazón y humillado que él nunca desprecia ni suele alejar de sí.

Así, pues, nuestros pecados no deben impedir que confiemos plenamente en que Dios dará la gloria a su santo

Nombre obrando según su misericordia. Mucho menos deben desestabilizar nuestra confianza estos tiempos que nos aterran; aún más, si comprendemos bien los asuntos, nuestra confianza se debe fortalecer. Estamos completamente solos y faltos de toda estima humana; por consiguiente Dios se ha reservado a él solo dirigir nuestro cuidado, y quiere, que en nadie que no le sea agradable, pongamos esperanza de auxilio. De este modo nos trata amantísimamente; nos enseña cuán poco se haya de confiar en los hombres y no permite que pongamos parte de nuestra esperanza en otros, ni que nuestras acciones de gracias se dirijan a nadie sino a él.

Pero por este mismo motivo el triunfo de su misericordia será mayor, como que será más claro y visible. Y nosotros ¿qué temeremos, si el mismo Dios es nuestro escudo y nuestra protección? Más aún para nosotros se convertirá en ganancia ser abandonados de los hombres; como quiera que Dios atestigua que quiere ser padre de los huérfanos y protección de los abandonados. Con semejantes afectos de humildad y confianza, pero vehementes y sinceros implorando auxilio y misericordia, levantemos nuestros brazos y ojos al cielo donde habita aquel Señor que se gloria de ser llamado ayudador oportuno en las tribulaciones.

Por lo demás nuestros ruegos deben ser hechos en nombre de Jesucristo; y así por cierto deben ser para que tengan la eficacia para acercar a nosotros el corazón del divino Padre, según aquello que Jesús aseveró: "Si algo pidiéreis al Padre en mi nombre os lo dará" (Jn 16,23). Con todo ¿quién puede dudar de que estas oraciones se hacen en nombre de Jesucristo? Pedir en nombre de Jesucristo, como explica San Agustín, es pedir lo que conviene y conduce a la salvación eterna. Y nosotros ¿qué otra cosa pedimos cuando levantamos nuestros corazones a Dios por la conservación de la Compañía y por nuestra perseverancia en la misma? Rogamos al Señor que nos permita perseverar en esta vocación, por la que fuimos destinados a este Instituto piadoso, santo, laudable, en gran

manera fructuoso, y sumamente apto para promover la gloria de Dios y la salvación de las almas.

NOTA M

De los Estatutos del Apostolado de la Oración

PROEMIO

El Concilio Vaticano II insiste mucho en la vocación de todos los fieles al apostolado. Para cumplir con este deber, éstos no sólo son invitados a una actividad externa, sino que también se les aconseja que fomenten en sí mismos la unión vital con Cristo y la alimenten principalmente por medio de la Liturgia y de la meditación de la Palabra de Dios, y en ella crezcan mucho cumpliendo la voluntad de Dios. Con este fin el Concilio recomienda también de un modo especial las asociaciones, que fomentan una unión más íntima entre la vida práctica y la fe de sus miembros, y exhorta a los laicos, para que se esfuercen en conservar con fidelidad el carácter especial de la vida espiritual de la propia asociación. Por esta razón ha parecido oportuno, así como los anteriores Estatutos fueron reformados varias veces en conformidad con las exigencias de los tiempos, hacer nuevos Estatutos que recojan la doctrina y el espíritu del Vaticano II y adapten el Apostolado de la Oración a las actuales aspiraciones.

I. ¿QUE ES EL APOSTOLADO DE LA ORACION?

Todos los fieles por medio del bautismo participan del oficio sacerdotal, real y profético de Cristo y son destinados por el Señor a la actividad apostólica propia de su vocación. Dentro de

esta universal vocación al apostolado, el Apostolado de la Oración constituye la unión de los fieles, que se unen, por medio del ofrecimiento cotidiano de sí mismos, al Sacrificio Eucarístico, en el cual continuamente se realiza la obra de nuestra redención, y de este modo, por medio de la unión vital con Cristo, de la que depende la fecundidad del apostolado, cooperan a la salvación del mundo.

Pues como Cristo propagó su Reino enseñando y haciendo obras de misericordia, y al mismo tiempo también redimió el mundo ofreciendo desde el principio su vida al Padre por los hombres, rogando por ellos y consumando su oblación por el misterio pascual, de la misma manera todo apostolado externo debe estar unido con la oración y el sacrificio, para que contribuya en virtud del Sacrificio de la Cruz a la edificación del Cuerpo de Cristo.

Pero esta unión con Cristo, Sumo Sacerdote, requiere necesariamente una íntima unión con El por medio de un amor personal; por esta razón el Apostolado de la Oración atribuye una singular importancia al culto del Sagrado Corazón, con el cual los fieles, penetrando más profundamente en el misterio del amor de Cristo y consiguientemente participando más íntimamente en el misterio pascual del Señor, responden al amor con que nuestro Salvador, inmolándose a sí mismo por la vida del mundo, de su Corazón traspasado dio vida a la Iglesia (Jn 19,34).

II. PROGRAMA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION PARA LA VIDA ESPIRITUAL

Para realizar esta vocación apostólica el Apostolado de la Oración ofrece a los fieles un programa de espiritualidad

apostólica, cuyo centro es el Sacrificio Eucarístico. Este programa consta de estos elementos:

1. El Sacrificio de la Misa con el ofrecimiento cotidiano.

Siendo el Sacrificio Eucarístico fuente y culmen de la evangelización, del cual mana toda la virtud de la acción de la Iglesia, es necesario que el misterio Eucarístico determine la espiritualidad de los fieles, penetre y forme su vida y los conduzca a una consciente y vital participación de este misterio.

Por esto el Apostolado de la Oración insiste en el ofrecimiento cotidiano, con el cual cada uno se ofrece a sí mismo a Dios por medio de Cristo, es decir, todas sus oraciones, acciones, trabajos, padecimientos y gozos por las necesidades de la Iglesia, más aún, por la salvación de todo el mundo.

Esto mismo lo expone el Vaticano II con estas palabras: “Pero a aquellos a quienes asocia íntimamente a su vida y misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (1 P 2,5), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo”.

Pero este ofrecimiento espiritual, que pertenece al ejercicio

del sacerdocio común de los fieles, es también al mismo tiempo ejercicio de su oficio profético, porque exige un testimonio de vida, de caridad, de trabajo y de acción apostólica, de modo que viviendo en conformidad a la oblación que se ha hecho, muestren ante los hombres a Cristo viviente en los fieles y den testimonio de la verdad. Este testimonio de toda la vida que emana de la fe, esperanza y caridad, es principio y condición de todo apostolado y no puede ser substituido por ninguna otra cosa.

Mas, habiendo el Señor instituido el Sacrificio Eucarístico a modo de convite, los socios, siguiendo las huellas del Vaticano II, no sólo participan con frecuencia, y si puede ser aun diariamente, en la celebración Eucarística, sino que también en ella reciben el Cuerpo del Señor, sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad.

2. El culto o espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Cristo, por amor, no sólo dio su vida por nosotros (1Jn 3,16), sino que también nos asoció a los misterios de su vida y nos hizo linaje escogido y real sacerdocio (1P 2,9); por tanto es necesario que respondamos a El con nuestro amor. Mas, enseñándonos la Iglesia que el amor de Cristo se representa principalmente en su Corazón, e invitándonos a venerar este amor, simbolizado en el Corazón de Cristo, como fuente de salvación y de misericordia, el Apostolado de la Oración se esfuerza grandemente para que sus socios se familiaricen con la práctica y la espiritualidad del culto al Corazón de Jesús. Respondiendo al amor del Señor, a El se consagran y a El ofrecen reparación por los pecados propios y del mundo y practican y fomentan las formas de este culto aprobadas por la Iglesia. Imiten el ejemplo del amor de Cristo a los hermanos, y amen en correspondencia, con la caridad que el Espíritu Santo infundió en nuestros corazones, a Aquel que

nos amó con un corazón humano.

3. Devoción a la Santísima Virgen María.

Los socios del Apostolado de la Oración con amor filial veneren a la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, tan íntimamente asociada a la obra de la redención. Imiten el ejemplo de la que se consagró totalmente de todo corazón a sí misma como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, y en consecuencia hagan a Dios su ofrecimiento por medio de la que es Medianera nuestra ante su Hijo. Recen diariamente una corona del Rosario, o por lo menos una decena, y confíen a su materno Corazón las necesidades de la Iglesia. En general fomenten con generosidad el culto sobre todo litúrgico de la Bienaventurada Virgen María, recordando que la unión inmediata de los fieles con Cristo, de ningún modo es impedida, sino que se fomenta por el influjo de su madre.

4. Voluntad de sentir con la Iglesia.

Para que la Iglesia pueda cumplir su oficio uniendo a todos los hombres con Cristo y entre sí y conseguir la edificación de su Cuerpo con el Sacrificio Eucarístico, es necesario que todos los socios fomenten en sí y en los demás la voluntad de sentir con la Iglesia universal y participen en sus solicitudes. Con este fin los socios hacen el ofrecimiento cotidiano por las intenciones que el Sumo Pontífice propone para cada mes por medio del Apostolado de la Oración o en casos urgentes recomienda a las oraciones de los fieles.

Gustosamente incluyen también en su ofrecimiento aquellas necesidades por las que los Obispos piden oraciones para su región.

5. Asidua solicitud de orar.

Además, los socios tienen conciencia de que hoy el género humano vive en una nueva edad de su historia y es agitado por profundos y rápidos cambios y por un grave desequilibrio, y por tanto urge muchísimo el deber de orar sin cesar y con fervor, para que, quebrantado el poder del Maligno, el mundo, librado por Cristo crucificado y resucitado conforme al designio de Dios, sea transformado y llegue a su perfeccionamiento.

Obedeciendo, pues, al mandato del Señor, de orar siempre sin desfallecer (Lc 18,1), los socios estimen de corazón cuanto se refiere a cultivar la práctica de la oración. Siguiendo el ejemplo de la Iglesia, que no deja de recibir el pan de vida de la mesa tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, estiman la asidua lectura y meditación de la Sagrada Escritura. Practican la acreditada oración mental y varias formas de preces, que ellos eligen libremente. Los Retiros y los Ejercicios Espirituales, que son una excelente escuela de oración y de unión con Dios en la acción, ellos mismos los hacen o procuran fomentarlos en otros.

(Las partes III, IV y V de los estatutos tratan respectivamente de la formación, de las actividades pastorales, de la estructura y de las secciones del Apostolado de la Oración).

